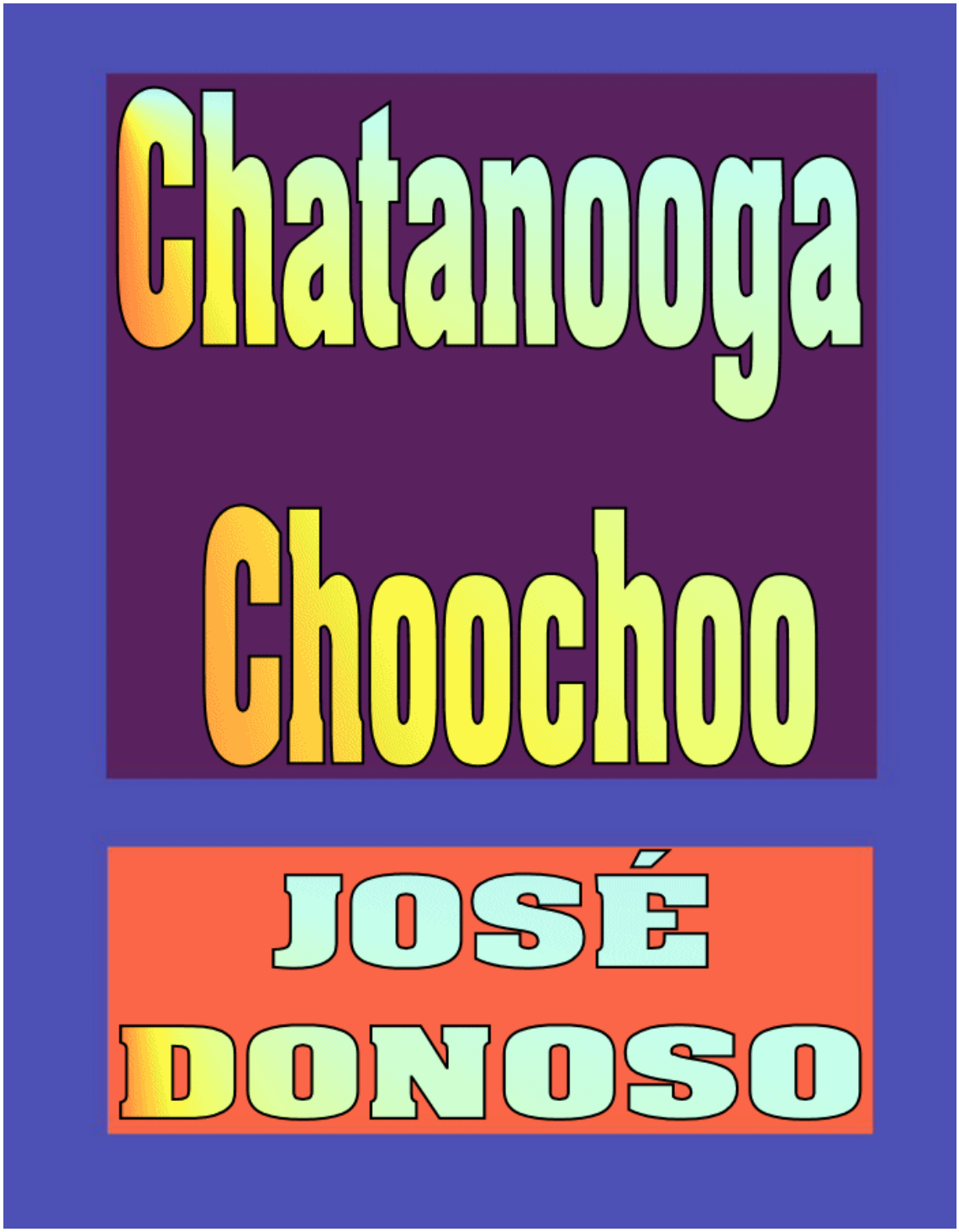
Chatanooga Choochoo
José Donoso



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Gene y Francesca Raskin

El chorrito de aceite que Sylvia vertía sobre la escarola era de oro puro a la luz de los sarmientos que ardían en la chimenea, destinados a reducirse a brasas en las que Ramón, que aguardaba fumando su pipa, pronto prepararía las chuletas. La solana estaba abierta a la oscuridad de los cerros, aglomerada aquí y allá en puñados de viejos castaños -restos del bosque ejemplarmente utilizado en la urbanización- que ocultaban por completo todas las demás casas que se alzaron en torno de esta masía central modernizada. Una mariposa nocturna, gorda, blanda, torpe, chocó contra el trozo de espalda que la blusa *folk* de Sylvia dejaba desnudo, pero a juzgar por el hilo de oro que continuó cayendo imperturbable sobre la ensalada ella no sintió este embate, como si su perfecta superficie dorsal estuviera constituida por algún pulido material inerte. Sin embargo, ese leve choque debió poner en movimiento ciertos mecanismos escondidos bajo la corteza de la espalda, porque Sylvia pronunció estas palabras casi como una respuesta inmediata a la presión de la mariposa:

-Lástima que Magdalena no haya podido venir... es tan simpática. Os pudierais haber decidido por una de las casas hoy mismo y ya está...

Sentí que el tono idílico del día transcurrido eligiendo casa en la urbanización repentinamente cambiaba de signo con las palabras de Sylvia, como cuando de pronto, sin que nada lo justifique, la leche se corta o se pone agria. Al principio creí que era porque me pareció sentir que reaparecía la nota irónica respecto a Magdalena en lo que Sylvia decía, y que el repentino agriamiento se debía sólo a mi natural rechazo hacia las mujeres que, enteradas hace poco de la emancipación femenina en un ambiente para el que esta actitud resulta todavía arriesgada, aplican machaconamente su catecismo contra las «pobres», las víctimas de sus maridos y de su propia pusilanimidad, que se ven obligadas a permanecer atadas en la ciudad junto a sus niños durante los *week-ends.* Pero no, no fue eso lo que produjo la alteración en la marea, el brusco cambio del placer al sobresalto: sentí que más allá de teorías y de ironizaciones, Sylvia estaba implorando la presencia de Magdalena, la necesitaba como apoyo o ayuda o protección contra no sabía yo qué peligros. Pero, ¿qué protección era necesaria en este agradable mundo que habitábamos, donde el mal no existía porque todo era inmediatamente digerido? Nadie ignoraba que Sylvia y Ramón eran perfectos: su prolongada relación de estructura impecable era universalmente admirada por estar situada más allá -o más acá- del amor, y aunque hoy por hoy resultaba *kitsch* darle importancia a un detalle de esa naturaleza, también era posible que lo incluyera: no, las palabras de Sylvia sobre Magdalena no revelaban inseguridad al comparar la relación de mi mujer con nuestros hijos y la suya respecto a su hijo, ahora en manos de un marido enquistado en el color local de la vida social madrileña. Cualquier inseguridad resultaba fuera de lugar porque Ramón era Ramón del Solar: se quitó la pipa de la boca, se acercó al fuego que inflamó su rostro como el de un hechicero, soplando hasta agotar las llamas y dejar una brasada de ascuas. Dijo:

-Las chuletas...

Al pasárselas, Sylvia insistió:

-Y Magdalena tiene tan buen gusto...

¿La había saboreado? Quizá porque pasó la carne junto con decir esas palabras, pensé repentinamente que aludía a ese «sabor» de Magdalena que sólo yo conocía, y esto me hizo replegarme ante la antropófaga Sylvia. Pero se refería, naturalmente, a otra clase de «gusto»: al «gusto» que había

presidido, como el valor más alto, nuestra visita a las casas durante la tarde, proporcionándonos un idioma común, un «gusto» relacionado con el discernimiento estético determinado por el medio social en que vivíamos. Fue esto lo que bruscamente, para mí, lo agrió todo: Sylvia no podía condolerse de la ausencia de Magdalena esta noche por la sencillísima razón de que nos conocía apenas; y esta insistencia sobre su buen gusto, sobre la falta que nos hacía, estas alabanzas repetidas que delataban una sensibilidad un poco corta, ya que, sin duda, el idioma de las sugerencias no le parecía suficiente, era una pesada exageración que desvirtuaba posibilidades futuras, puesto que los cuatro nos habíamos conocido sólo la noche anterior: es cierto, sin embargo, que tanto ellos como nosotros conocíamos de sobra nuestras leyendas mutuas, pero era ridículo, además de falso, pretender que había habido tiempo suficiente para que la promesa de amistad entrevista y de simpatía inmediata, esa posibilidad de compartir tanto el sentido del humor como el sentido de lo estético atisbada anoche en el *cocktail* en casa de Ricardo y Raimunda Roig, sobrepasara una embrionaria afinidad: por el momento, y aunque Sylvia quisiera pretender otra cosa, Sylvia y Ramón eran bidimensionales para nosotros, apenas con más relieve que el resto de los personajes hacinados como en un gran *poster* gesticulante del *cocktail* de anoche, tal como nosotros, sin duda, debíamos serlo para ellos.

Se podía discutir si Ricardo y Raimunda Roig eran o no el centro de cierto mundo barcelonés. Se podía discutir, incluso -y de hecho se discutía con una frecuencia que olía a pura propaganda pagada a sus detractores-, si eran bellos, talentosos, inteligentes, y hasta si eran honrados en sus posiciones estetizantes e izquierdizantes: pero esta ubicuidad de su existencia polémica los hacía universalmente codiciados, y a todas partes los seguían una corte y los que ellos mismos y esa corte se dignaban momentáneamente cazar, para los que abrían, noche a noche, las puertas de su pequeñísimo ático en la calle Balmes. Las piernas de Raimunda eran famosas: no largas y estilizadas como las de una modelo, sino torneadas, llenas, tiernas -decían los *cognoscenti*- al tacto bajo las medias oscuras del invierno o sobre el desnudo tostado del verano; demasiado tiernas y torneadas quizá, casi conmovedoras, como vibrando en el momento exactamente anterior a la catástrofe de un kilo y de un año de más. Pero los que la conocían desde hacía tiempo decían que siempre había sido así, la más escotada, la de los amores y los bikinis más breves, con los negros ojos antropófagos inundados por la risa negra más
insultante o más insinuante según lo que se proponía obtener de su interlocutor, y con su voz quemada por la ginebra. Aunque trataba de no parecerlo, Raimunda era la «cabeza» de la familia, quien tenía el verdadero olfato para descubrir lo insólito: la nuca o los bigotes fuera de serie, el vestido estilo Carole Lombard en los Encants, la modelo precisa para las fotos de su marido, seleccionada de modo que aunque se acostara con él unas cuantas veces no tuviera la capacidad para arrebatárselo. Poseía, sobre todo, una enorme destreza para echar a correr rumores sobre ella, su marido y sus amantes, rumores tan sabrosos que luego eran cosechados en encargos de firmas millonarias fascinadas por la técnica inigualable de las fotografías y de los amores de los Roig. A pesar de estos encargos, decían las malas lenguas que las entradas verdaderamente importantes del Estudio Roig eran las producidas por el material vendido a las *Porno Shops* de los países escandinavos, de USA, de Inglaterra, de Amsterdam, de Tokio, ya que

en España la materia bruta -por decirlo así- para estas cosas es tanto más barata, y los Roig siempre eran capaces de ver el ángulo novedoso y excitante. Cada viaje de la pareja al extranjero por motivos siempre específicos -Jerry Lewis, Bomarzo, HAIR-, los devolvía a Barcelona con cámaras, filtros y lentes más perfectos, con abrigos de piel más escandalosamente desmelenados adquiridos a precio de oro en Portobello Road, o compraban una masía *á retaper* en el Ampurdán: claro, no costaba nada sacar de España unas docenas de carretes con fotografías eróticas, y hasta se murmuraba, con películas de orgías tomadas entre los más íntimos en el ático de Balmes.

-La gente fea es siempre mala; hay que tener cuidado y no meterse con ella; basta que una mujer tenga las piernas cortas, o el cutis malo, o sea gorda, para que yo huya a perderme, no por asco, que también me da, sino por miedo, porque estoy seguro de que me va a hacer una hija de putada.

Esto era lo más memorable que Ricardo Roig jamás había dicho. Sin embargo, vociferaba mucho, todo el tiempo, sobre cualquier cosa y sobre todo, pero sus palabras se movían con una vitalidad convulsionada parecida a las volutas del humo de un incendio que consume, arrasa, y luego pasa a la construcción del lado. A pesar de tanta vehemencia corría un claro hilo coherente -sub o suprarracional, según el partido que frente a Ricardo tomaba el comentador- que de alguna manera unía todos sus entusiasmos y sus rechazos, una sabiduría efectiva a pesar de las equivocaciones y desmanes, y muchas veces certera. La presencia de su perfil de una fealdad antigua, como pintado por Antonello da Messina, de su melena breve, de sus jerseys sombríos, de sus uñas inmundas, bastaba para poner de moda un restaurante, para introducir a un pintor, para lanzar a una modelo, para condenar cierto tipo de decoración. Lo que -naturalmente- se decía de ellos era que eran unos *snobs:* superficiales, no los tolero, dicen siempre lo mismo, esas discusiones hueras que no son ni divertidas entre él y Ramón son insufribles, lo que necesitan es una corte de admiradores, intelectuales que posan de frívolos, frívolos que posan de intelectuales. Pero los que más lo decían eran los que más de prisa corrían para ir a su casa cuando por algún antojo los invitaban, y entonces, olvidando sus prevenciones tanto morales
como intelectuales, se «anti-vestían» con lo menos convencional que aguardaba una ocasión como ésta para emerger del fondo del baúl, y así, si no llamar la atención, por lo menos estar a tono y poder, después, en conversaciones con amigos que carecían de acceso al mundo de los Roig, modificar opiniones que sobre ellos pronunciaba gente que no los conocía bien.

A nosotros, que no pertenecíamos a su mundo, solían invitarnos de vez en cuando a su ático -la belleza de Magdalena los atrajo como a dos moscas durante el vino que siguió a una conferencia sobre un libro aburrido-, y rozábamos la intimidad de varios de sus amigos y de sus enemigos. Como siempre he sentido gran admiración por la gente que sabe crearse un aura, transformando las cosas y anexándoselas como por arte de birlibirloque aunque la calidad de esa magia sea discutible, Magdalena y yo asistíamos con enorme placer a casa de Ricardo y Raimunda. Cuando entramos esa noche todos estaban sentados en cojines, en la moqueta, reclinados unos contra otros o contra las patas de los sillones, y el lamento del saxo-soprano del tocadiscos se escurría por los intersticios de las carcajadas y las conversaciones que yo veía dibujarse, no oía, en los rostros de conocidos que me disparaban algún saludo. Raimunda se apoderó de mí

para darme una copa -no, no, agua, Raimunda; espera, no, he estado tomando Valium y si tomo vodka tan temprano me va a producir un cortocircuito-, y me guió entre la multitud que, como de costumbre, era seis veces mayor a la que razonablemente cabía en el ático. ¡Flash! Cerré los ojos y los volví a abrir.

-¡Amor...!

-¡Kaethe...!

-¡Siglos...!

-Sí, siglos...

Mientras me inclinaba para besar a la minúscula fotógrafa perversa, con rizos a lo Shirley Temple, atuendo a lo Little Lord Fauntleroy y sesos atiborrados de MacLuhan, busqué con la vista a Magdalena. En la distancia triplicada por el gentío la divisé de pie, comparando sus *hot-pants de* lentejuelas con los de otra mujer que los llevaba idénticos. La interlocutora de Magdalena era altísima, delgadísima, parada como si su cuerpo hubiera sido montado no con un criterio antropomórfico y mimético, sino expresivo y fantástico, semejando una abstracción exagerada de la elegancia, apenas un símbolo, los codos doblados a la inversa, una cabeza diminuta, casi nada de torso, todo esto equilibrado sobre piernas finísimas cruzadas con el desprecio total por la verosimilitud anatómica con que podría cruzarlas una garza muy consciente del efecto que busca. Sin embargo, no era su cuerpo lo más extraordinario: era su rostro perfectamente artificial, que presentaba una superficie lisa y plana como un huevo sobre el cual hubieran dispuesto unos grandes ojos oscuros sin expresión ni cejas, dos parches de colorete en las mejillas, y la boca oscura cerca del extremo inferior del huevo. Kaethe dijo que *tenía* que ir a darle un beso a Magdalena, estaba divina con sus *hot-pants* como los de una bataclana. Agregó:

-Sólo le falta el *top-hat.* También de lentejuelas, por supuesto.

Yo le dije que esperara un poco, porque las dos mujeres ataviadas en forma idéntica estaban a punto de emprender algo en medio de la habitación y yo no sabía quién era la otra.

-¿No la conoces? Es Sylvia Corday, la de Ramón del Solar... ya sabes toda esa historia. Sí, parece que la hubieran armado con módulos de plástico como a un maniquí de escaparate. Dicen que no tiene cara. Facciones, desde luego, no tiene. ¿Dónde está la nariz, por ejemplo? Nadie jamás se la ha visto. Dicen que ni Ramón. Todas las mañanas se sienta delante del espejo y se inventa la cara, se la pinta como quien pinta una naturaleza muerta, por ejemplo, o un retrato... después, claro, de que Ramón la ha armado pieza por pieza para que ella pueda, bueno, no sé, bañarse y esas cosas. A veces uno ve a Ramón durante semanas enteras sin Sylvia. Uno le pregunta por ella y él contesta que está en Capadocia posando para *Vogue:* está muy de moda Capadocia ahora. Ya iremos todos. Con Raimunda y Ricardo estamos pensando organizar un *charter.* Pero es mentira que está en Capadocia, Sylvia jamás ha estado más allá de Tarrasa. Es porque se ha aburrido con ella y no la arma y no la pinta. Deja guardadas todas las piezas en una caja especial: durante esas semanas Ramón descansa y ella también; por eso es que ella está tan increíblemente joven, porque durante esas semanas que pasa guardada y sin armar el tiempo no transcurre para ella. Después, cuando Ramón la comienza a echar de menos otra vez, la vuelve a armar y salen juntos a todas partes. Dime si Sylvia no es la mujer perfecta. Ramón es mono, un poco *boy-scout,* pero mono. Claro que ella es una mujer acojonante.

Esa temporada todo era «acojonante» en Barcelona -y decididamente lo era oír la palabra dicha por Kaethe con su espeso acento alemán y su aire de párvulo depravado-, como también esa temporada todo era estilo *forties:* el peinado *flou* que Sylvia lucía esa noche y los *hot-pants* de lentejuelas de las dos mujeres parecían pertenecer a coristas de VAMPIRESAS DE 1940. Como obedeciendo a mi evocación, Sylvia y Magdalena alzaron paralelamente la pierna derecha, se enlazaron por la cintura, miraron unánimes hacia la izquierda, y comenzaron a bailar con una coordinación tan perfecta que parecía mecánica. Luego se detuvieron en medio del ruedo que les habían hecho. Las alumbró un foco, se hizo silencio, y comenzaron a gesticular, emitiendo voces de muñeca que parecían salir de un gramófono de manivela oculto detrás de una cortina:

Pardon me, boy,
Is this the Chatanooga Choochoo
Right on track twenty nine?
Please gimme a shine.
I can afford to go
To Chatanooga station, I've got my fare
And just a trifle to spare.
You reach Pennsylvania Station

At a quarter to four,
Read a magazine
Then you 're in Baltimore,
Dinner at the diner,
Nothing could be finer
Than to have your ham'n eggs
In Carolineeeeeeer...

El acento era el más vulgar americano de hace treinta años, un estilo de una época que la postguerra pobrísima y aislada nos birló, y como si ahora en plena madurez, estuviéramos viviendo una adolescencia cuyos mitos, entonces universales, conocimos apenas. Los gestos de las manos de las dos mujeres, los mohines, las bocas fruncidas y oscuras, la estridencia, los pelos flotantes con el baile, el brillo de los dientes en las repentinas, amplias sonrisas, eran indudablemente de las Andrews Sisters: Magdalena y yo habíamos canturreado al son de Glenn Miller -y bailado en la época del *swing*- esta canción, que pertenecía a otra era geológica, ya enterrada y olvidada. Jamás habíamos vuelto a hablar de las Andrews Sisters, Magdalena y yo. Nunca hubiera creído a Magdalena, sobria y más bien tímida por naturaleza, capaz de tomar parte en esta farándula. Y menos de recordar con una precisión tan monstruosa las palabras de CHATANOOGA CHOOCHOO, canción que yo no sólo no había oído, sino que ni siquiera había pensado en ella desde hacía unos buenos treinta años. ¿Qué convolución cerebral oscura había almacenado esas palabras absurdas dentro de la memoria de Magdalena y qué circunstancias desconocidas para mí las habían fijado allí, en los sótanos grises de su memoria, durante treinta años, para resucitarlas completas, exactas, aquí, ahora, tan inesperadamente?

Sylvia y Magdalena volvían a bailar como dos muñecas, alzando las rodillas, estirando las piernas y los brazos idénticos, mostrando de pronto

dos perfiles, dos cuellos, dos sonrisas magistralmente coordinadas. Acojonante, acojonante, murmuraba Kaethe con su acento alemán infranqueable ahora que la admiración le había hecho olvidar su necesidad de adoptar todas las entonaciones del momento. Pero yo estaba tratando de resistir mi impulso de abalanzarme sobre Magdalena para desarmarla como una maquinaria y descubrir por qué y dónde había guardado aquella canción estúpida, así de intacta, relacionada quizá con cosas secretas y desconocidas para mí y disimuladas durante tantos años de matrimonio. Debo haber estado diciendo algo porque Kaethe murmuró reverente junto a mí: ¡shshshshshshsh!, como si estuviera a punto de cantar la mismísima Caballé. Era que las dos mujeres, nimbadas por la luz teatral, todas destellos, mohines, sonrisas, separándose y mirándose, se habían detenido para continuar la canción:

When you hear the whistle
Blowing eight to the bar,
Then you know Tennessee
Is not very far,
Travel all along, go,
Got to keep 'em rollin,
Chatanooga Choochoo
There we go.
There's gonna be
A certain party at the station,
In satin and lace,
I used to call Funny Face.
She's gonna cry
Until I promise nevermore...
So Chatanooga Choochoo
Please choochoo me home...

Se apagó el foco sobre las dos muñecas. En la batahola que se organizó durante los aplausos y las felicitaciones, yo me encontré excluido, sin capacidad para comprender la repentina autonomía de mi mujer, ni tolerar su capacidad, hasta este momento desconocida para mí que creía conocerla entera, de transformarse en una vacía y vulgar muñeca estilo *forties,* que representaba, para los que no la habían vivido, la actualidad de esa época ingenua y cruelmente yanqui: una leyenda encarnada en un estilo, en una forma, en una moda, en una canción efímera que volvería a vivir por arte de un gusto que ahora duraría unos meses. Vagué un rato entre la apretazón de gente que no me reconocía, haciendo tintinear los cubos de hielo en mi vaso para simular que bebía vodka, hasta que oí a mi espalda la voz airada de Kaethe. Me di vuelta bruscamente, de modo que mi codo chocó con ella. En el calor de la discusión en que estaba trenzada, sin siquiera fijarse en quién era yo, me arrebató el vaso que tenía en la mano y, mientras terminaba de escupir sus imprecaciones a Paolo, sostuvo el vaso en la mano sin que yo adivinara si iba a beberlo o lanzárselo al rostro al pobre Paolo, contrito, sin duda, por una de su habituales indiscreciones. Kaethe se lo bebió de un sorbo. La repugnancia de su rostro fue acusadora cuando al final del largo trago, reconociéndome, me gritó:

-¡Tú...! ¡Qué asco! Era agua...

Paolo se escabulló. La novedad de la sensación del agua en su

garganta pareció calmar a Kaethe y refrescarla inmediatamente. Me presentó a Ramón, que apeló a mi contemporaneidad con él mismo y con CHATANOOGA CHOOCHOO para amenazar a Kaethe que el próximo año los *fifties,* y el año siguiente los *sixties,* se pondrían de moda como *camp,* y con esa aceleración de la nostalgia, ella, que comenzó a florecer apenas a fines de la última década, encarnaría lo absurdo, lo cómico, lo muerto, y sería obsoleta antes de haber sido siquiera contemporánea. En medio de la discusión Kaethe fue arrebatada por un boxeador de nariz estropeada picassianamente, autor de poemas místico-eróticos que pronto publicaría Estudio Roig con fotografías de su torso, y me quedé en un rincón, paladeando por fin un verdadero vodka y hablando con Ramón: me explicó que, como Sylvia era modelo y este año todo «venía» muy *forties,* él se había visto obligado a enseñarle CHATANOOGA CHOOCHOO con toda su mitología para que adquiriera el estilo de esa época, que en su profesión necesitaba. Fue casi como amaestrar un perro de circo, dijo. Al comienzo le pareció que Sylvia no iba a captar jamás el espíritu de ese estilo porque lo pasado recién pasado es lo más pasado, y los jóvenes de ahora, distintos a nosotros que dejábamos transcurrir un tiempo antes de revivir épocas pretéritas para dotarlas de un barniz de idealización o ironía, se lanzaban hambrientos sobre el cadáver de un pasado cada vez más aterradoramente reciente, hasta que pronto no les quedaría otra alternativa que transformar su propio presente en carroña para poder alimentarse.

La corriente de la reunión en casa de los Roig pronto tomó otro rumbo: agotado el interés por las Andrews Sisters, se concentró sobre el boxeador que, mientras defendía el desprecio de Fidel Castro por los «intelectuales melenudos» frente a la cuidadosa dialéctica de un editor de ojos y barbas azules, permitía que Raimunda y Kaethe lo despojaran de su camiseta ornamentada con el rostro del Che Guevara para que todos pudiéramos comparar sus espléndidos pectorales con las mamas exiguas de Kaethe. Se apagó la televisión que azulaba el rostro del editor, y poco a poco la música, la partida de algunos y la llegada de otros, el rápido agotamiento y luego el desplazamiento de los centros de interés de un grupo al de más allá, de un tema a otro, hicieron gravitar a Sylvia y a Magdalena hasta nuestro rincón. Los ojos de la modelo, redondos como dos bolas negras y con pestañas dibujadas con la minuciosidad de las de Betty Boop, eran admirablemente vacuos buscando la aprobación de Ramón. Sólo mediante una mirada suya como señal podía romper la atmósfera de los *forties* que, envolviéndola, la mantenía prisionera en ese pasado ficticio resucitado por una moda. La mujer ideal, había dicho de ella Kaethe, a quien se le *enseña* CHATANOOGA CHOOCHOO. No era una mujer como Magdalena, que almacena esa canción con quién sabe qué otros secretos y resortes autóctonos en el fondo de su memoria que yo no podía abrir. Ramón hablaba con Magdalena, que no permaneció definida por su canción ni por su indumentaria, sino que sin solicitar mi venia las había abandonado al definirlas a ellas, en cambio, con su propia personalidad: desde afuera de los *forties,* desde un apasionado presente, discutía con Ramón los manejos de Pacelli con los nazis, si las Andrews Sisters eran tres o cuatro, blancas o negras, recordaban a Mr. Chad, las fotografías de guerra de Capa y de Margaret Bourke-White, y las de moda de Penn y de Heunigen-Heune. Para captar la atención de Ramón, Sylvia intervino:

-Como Ramón pertenece a otra generación, quiere incorporarse a la generación joven por su conocimiento de las cosas *camp...*

-¿Qué coño tiene que ver? Si el interés por lo *camp* está

Librodot

completamente pasado de...

Ramón no terminó su frase porque se dio cuenta de que eso arrastraría como necesidad una constelación de explicaciones a Sylvia que no estaba dispuesto a dar. Ella, presa aún de Ramón, se quedó hablando y riendo con Magdalena que, al percibir que Ramón marginaba a Sylvia -ni sus palabras ni su presencia hacían mella en la conversación-, con el fin de incorporarla a la charla le comentó la *afro-wig* que esa noche lucía Raimunda. Pero nuestra evocación de los *forties* en un ambiente que sólo podía comprenderlos por medio de la risa y la nostalgia, nos arrastró de tal manera que Ramón propuso -ya que Ricardo se enfurecía si uno formaba grupo aparte sin lanzarse de lleno en la marea alborotada de sus reuniones- que lo mejor sería *filer á l'anglaise* para ir a cenar y tomar copas en cualquier sitio y seguir charlando. Fuimos al BISTROT y después a tomar café al aire libre, en las Ramblas, y más tarde vagamos de un bar a otro. Luego ambulamos hasta un barrio algo más lejano para criticar, en la luz cárdena de la noche, un edificio de hierro y cristal recién terminado por el ex socio de Ramón. Hablamos de las famosas urbanizaciones polémicas recién creadas por Ramón alrededor de su masía modernizada y decidimos partir inmediatamente al campo a pasar el *week-end* en esta urbanización donde Ramón nos proponía que compráramos una casa... Sí, partir inmediatamente, porque estábamos permitiendo que el alba se asomara detrás de EL CORTE INGLÉS, lo cual era evidentemente insoportable.

-Los niños...

No, aunque Ramón, aunque Sylvia insistiera afectuosamente para prolongar el encuentro de los cuatro, Magdalena no podía abandonar a los niños ese fin de semana: les había prometido llevarlos a los polichinelas, y aunque, claro, le daba una pereza terrible tener que ir... Sylvia, entonces, le dijo:

-Te llamo por teléfono en cuanto volvamos del campo.

-Sin falta. Tenemos mucho que hacer juntas...

-Sí, y hablar de estos tiranos.

Esta conversación se sostuvo en el momento en que las dos mujeres se inclinaban para darse un beso de despedida, casi al oído, aunque en voz alta y riéndose, con un cómico tono de confabulación. Luego Magdalena, al despedirse de mí, dijo: anda tú con Sylvia y Ramón, yo iré otro día, quizás el fin de semana próximo, cuando me haya organizado para dejar con la señora Presen a los niños. Que esta vez hiciera una preselección de casas posibles, ya que en el fondo yo entendía más de esas cosas y mi gusto prevalecería. Al oírla decir esto, Sylvia, que se había acomodado en el asiento delantero junto a Ramón con la cabeza adormilada en su hombro, y mientras yo le daba un beso de despedida a Magdalena, oí que por lo bajo le decía a Ramón:

-La mujercita sumisa... seguro que es de las que devoran.

Lo dijo con una entonación especial que, en la modorra del amanecer, me pareció no sólo destinada a crear un clima de secta, como había sucedido con Magdalena y ahora sucedía con más justificación con Ramón, sino terriblemente equivocado: Magdalena no era sumisa. Simplemente teníamos delimitados nuestros deberes, repartido el trabajo. Magdalena no devoraba: era un ser humano determinado por circunstancias exteriores, bien diferentes de las mías, con conciencia de ello y que era necesario cumplir. Hubiera querido explicarle esto a Sylvia para que comprendiera que en la actitud de Magdalena no había censura a la suya, que por lo demás desconocía en todo lo que no fuera su leyenda, difundidísima, es cierto, ya

que era la maniquí más prestigiosa del momento. Por eso me pareció algo más que malintencionada su insistencia durante la noche siguiente -mientras Ramón preparaba las chuletas sobre las brasas y después de la tranquila tarde entre los árboles y las colinas y las casas apetecibles-, en que era tan lamentable la ausencia de Magdalena, con la que había sentido tan grande afinidad. Es verdad que dijo la palabra «afinidad» sólo dos o tres veces durante todo el día; pero sentí que en su boca la palabra se cargaba más de significación que lo que sería habitual, como si la ausencia de Magdalena impidiera la realización de un proyecto en común que esa «afinidad» solventaba.

Pero a la luz del sol, entre los reflejos de las hojas de los castaños, me pareció sólo un disparate un poco irritante el hecho de que esa muñeca inconsecuente y decorativa se hermanara con una mujer tan material como Magdalena. Fue sólo al anochecer, cuando al disponer la mesa en la solana tarareaba apenas CHATANOOGA CHOOCHOO, que el embate de la mariposa en su espalda desnuda pareció presionar un botón que puso en movimiento una cantidad de mecanismos misteriosos, y aunque no se conmovió el hilo dorado del aceite al caer sobre la escarola, insistió compulsivamente, me pareció, sobre el hecho de que era *tan* lamentable que Magdalena se hubiera tenido que quedar con los niños; que los niños eran una lata, el suyo estaba en los jesuítas porque el padre lo exigió, y quizá si no era a pesar de todo una buena cosa; que Magdalena era una de las mujeres más acojonantes que había conocido, tan contemporánea, con tanto estilo, tan... e insistió sobre la palabra «afinidad», que ahora, a la luz de las brasas y con la noche clara y cálida de afuera, me pareció peligrosa.

Ramón y yo permanecimos callados. Sólo el ligero quejido de la carne sobre el fuego me impedía escuchar el silencio de la noche tan grande. Mientras removía las chuletas me pareció ver que Ramón buscaba amenazante la mirada de Sylvia, que ahora era ella quien se la negaba, quizá defendiéndose de la censura de Ramón por sus insistentes repeticiones y concentrándose voluntariamente, en cambio, en adornar la ensalada con perejil y aceitunas. Encendió las velas y terminando de tararear subió la voz y dijo:

-*...please choochoo me home! Ya* está. Seguro que Magdalena arreglaría estas flores silvestres en el centro de mesa con muchísima más gracia que yo...

Ella sabía que aludir a Magdalena una vez más le perdería a Ramón, que estaba harto con esto, o le acarrearía una cruel represalia: Ramón, me di cuenta, era intolerante de una verdadera autonomía en Sylvia. Y a pesar de la alardeada «libertad» de la pareja, él siempre continuaba siendo un señorito de la vieja escuela en busca de la tópica «mujer objeto», de la cual, también tópicamente, Sylvia encarnaba la «liberación» en las páginas de las revistas femeninas. Sin embargo, Sylvia se arriesgó a perderlo; tuvo que arriesgarse por alguna razón desconocida a pronunciar otra vez más el nombre de Magdalena. Pero al hacerlo se dio cuenta de que se había sobrepasado y que la insistencia tiene un límite de tolerabilidad. En el momento mismo de pronunciar el nombre de Magdalena, al mirar a Ramón al otro lado de la mesa -Magdalena no hubiera tenido ni el tiempo ni la paciencia para arreglarla con el arte de Sylvia-, vi su pobre rostro ovoide y bello completamente anulado: a la luz incierta de las velas titubeantes no era más que una superficie en la que se proyectaban distintas realizaciones de la belleza. Dijo:

-Ramón...

Él no contestó.

-No me siento nada bien, no sé qué me pasa, estoy cansada...

El siguió sin responder y ella sin mirarlo de frente. Dirigiéndose a mí, Sylvia me preguntó:

-¿Les importaría mucho que los dejara solos para que comieran? Estoy agotada. Me muero de ganas de irme a acostar y no puedo más con la trasnochada de anoche. ¿No es poca comida, carne y ensalada? La fruta está estupenda.

Respondí yo porque me di cuenta de que Ramón no lo haría:

-No... claro que no. Además, estoy seguro de que tus ensaladas deben ser algo totalmente fuera de serie.

Sylvia, ya junto a la puerta y con la mano en el picaporte, la abrió. Pero antes de desaparecer respondió, inconteniblemente:

-Estoy segura de que las de Magdalena deben ser mucho más originales.

Yo hubiera querido preguntarle a Ramón, que era sobre todo un hombre civilizado, por qué la obsesión de Sylvia con Magdalena, en qué consistía esa «afinidad» tan alardeada, más allá de la sincronización perfecta para cantar y bailar CHATANOOGA CHOOCHOO. Pero no tuve tiempo para hacerlo porque Ramón saltó de su asiento y siguió a Sylvia, cerrando la puerta de la solana detrás de sí, dejándome solo junto a la extraña vida de los trozos de carne chirriando sobre las brasas como única compañía. Una mariposa nocturna, quizá la misma que poco antes agredió la espalda de Sylvia y la puso en movimiento, revoloteó alrededor de las velas y luego me pareció sentirla rozar mi cuello: le di un palmotazo cuando ya era demasiado tarde para pensar en las desagradables consecuencias que hubiera tenido reventar un bicho tan blando y tan gordo. Me incliné sobre la balaustrada de la solana. La noche era oscura, perfecta, conjurada especialmente para tentar a posibles compradores de casas en esa urbanización de las colinas, y el cielo era como un vidrio verde sobre el que se iba proyectando el ciclorama de los astros, constelaciones, planetas y estrellas. Sí, pensé, acodándome en la balaustrada, había sido un encuentro muy agradable este encuentro entre Ramón y yo, Sylvia y Magdalena: a nuestra edad las amistades repentinas y la energía para proseguirlas con algo de entusiasmo no son frecuentes. Por otra parte, mi deseo de comprar una casa de campo coincidía, precisamente, con la oferta de Ramón, así como nuestro gusto con el suyo. El encuentro en casa de Ricardo y Raimunda había augurado una relación muy madura y muy joven -o por lo menos muy juvenil-, sí, hasta que la maldita mariposa nocturna, al chocar contra la espalda de Sylvia, puso en movimiento toda su maquinaria obsesiva, acelerándola, haciendo la repetición de lo mismo intolerablemente frecuente, hasta dotar a la palabra «afinidad» de un aura desapacible, que lo estropeaba todo... por lo menos por el momento. En fin. Ya volvería Ramón. Ya podríamos reanudar nuestro civilizado diálogo de hombres maduros pero todavía entusiastas.

Pero Ramón no volvía. Las chuletas comenzaron a ennegrecer sobre las brasas, y para salvarlas de ese infierno y porque en realidad tenía hambre, me senté solo a la mesa y comencé a comer. Las ensaladas de Magdalena, presentadas quizá con menos aparato, eran, en efecto, mejores que ésta preparada por Sylvia, que comencé a picar. Ahora que la carne había dejado de sufrir su condena sobre las brasas y permitía que el silencio lo rellenara todo, me tendí en una hamaca junto a la balaustrada de la solana, mordiendo una pera y pensando que me gustaba mucho la idea de

comprarme una casa en estas lomas tan lujosamente arboladas; que me gustaban los castaños y los troncos blancos de los nogales; que me gustaba muchísimo ser vecino de Ramón y Sylvia y que sin duda a Magdalena también le gustaría, y a los niños... ¿era verdad o leyenda que tenía un hijo Sylvia...?, parecía imposible haber engendrado nada con ese cuerpo reducido a un mínimo por la elegancia de la cabeza, del cuello, la longitud de las extremidades... y me encontré pensando con curiosidad, ya que no con lujuria -era una palabra totalmente inaplicable a su persona-, en sus miembros, en su vientre que debía ser vano, en la asepsia general de su aspecto, en su superficie tan pulida, tan bien terminada, tan distinta a la materia jugosa, fragante, prensible del cuerpo moreno de Magdalena. En fin... curioso personaje esta Sylvia. Quizá resultara más compleja de lo que en un principio me había parecido. Quizá, como Magdalena, yo también encontraría una «afinidad» con ella... ya vería cómo se desarrollaban las cosas. En todo caso nada, absolutamente nada podía agriar esta noche de temperatura tan fresca que uno casi podía tocarla con la punta de los dedos... el lujo de esa gran oscuridad habitada por árboles frondosos ocupando los volúmenes de la noche.

No sé cuánto rato estuve allí, pensando que en el fondo no me perturbaba absolutamente nada la actitud de Sylvia con respecto a Magdalena, aunque esto implicara de parte de ella un poquito de agresividad hacia mí, que pronto podría disolverse en una buena relación amistosa: pensé, también, que esta posible agresividad de Sylvia me importaba tan poco porque era como si todo lo que Sylvia sintiera no poseyera una cualidad sustantiva, sino sólo adjetiva, de decoración, parte del ambiente estético que la rodeaba a ella y a Ramón, y si me pareció desagradable fue sólo al principio, ahora no, ya que su artificialidad misma, por último, tenía encanto. Una vez que llegué a esta conclusión y que decidí que era un problema tan insignificante que tenía pronto arreglo, me debo haber adormecido en la hamaca pensando que sin duda así eran las noches en la casa vecina que me proponía comprar, y así descansaría cuando los fines de semana, después del atosigamiento de trabajo en la ciudad, me permitiera una escapada para pintar. Sentí que el motor de un coche se ponía en marcha. Me incorporé de un salto y, asomándome, grité:

-¿Quién es?

El coche reculó hasta quedar justo debajo de mí. De él se asomó la cabeza de Ramón. Dijo:

-Me tengo que ir.

-Pero ¿por qué? ¿Le pasa algo a Sylvia?

-No... está durmiendo. Me llaman por teléfono con mucha urgencia desde Barcelona. Me tengo que ir, sí, inmediatamente, mañana telefoneo para...

No oí las últimas palabras porque las dijo mientras el coche avanzaba horadando la noche con sus focos, hasta tomar la velocidad necesaria para remontar la colina que lo llevaría a la carretera nacional.

¿Teléfono? Pero ¿no era, justamente, la imposibilidad de conseguir teléfonos para esta urbanización lo que me había refrenado para cerrar trato inmediatamente sobre la casa con el estudio grande? ¿No era lo que había hecho refrenarme en sugerir a Marta y Roberto como otros posibles compradores? Una leve sensación de desasosiego me invadió al tener la conciencia de haber quedado solo en una casa desconocida, con nada menos que la fantástica Sylvia Corday. Era evidente que el gran *atout* de Sylvia era su belleza, para muchos sexualmente atractiva, pero para mí demasiado

abstracta o simbólica. En ningún momento percibí insinuación de una aventura amorosa entre ella y yo. Más bien, me di cuenta al pensarlo, si Sylvia indicó en algún momento una preferencia, fue decididamente por Magdalena, no por mí. Por eso, quizás, el granito de agresividad contra mí y la insistencia machacona sobre lo necesario de su presencia. No, quizá dejar a Magdalena sola en esta casa de campo con Sylvia no hubiera sido sabio. ¿Y su cita para el regreso...? Reí pensando en la imposible posibilidad de lo que me planteaba. En todo caso, y quién sabe desde hacía cuánto rato, Sylvia estaba durmiendo.

Yo sabía cuál era mi dormitorio porque me lo indicaron al entrar, señalándome pijamas y batas en los armarios. Ya que Ramón había partido y Sylvia dormía, yo debía hacer lo mismo. Bebí el resto de mi coñac, me incorporé y bajé de la solana al piso de los dormitorios. Entré en mi habitación, encendí la luz del velador agradablemente tamizada para la lectura, y luego al cuarto de aseo. Ramón insistía en que en todas sus casas, fuera cual fuera el presupuesto, el cuarto de aseo tenía que ser perfecto, la eficacia de los cuartos de aseo era, en última instancia, la prueba definitiva del arquitecto de calidad. El que esa noche me tocó, como los de todas las casas visitadas en la urbanización, respondía a esas exigencias en forma total. Un poco, sin embargo -me dije-, como esos cuartos de aseo deshumanizados de los hoteles de lujo, sin las revistas atrasadas sobre la cesta de la ropa sucia, sin los frascos de medicina a medio consumir en el botiquín, sin el pequeño anafe para la emergencia ni el póster chistoso que se sacará dentro de un mes para reemplazarlo por otro o por nada. Pero sí estaba poblado por una abundancia apabullante de grifos cromados para insospechadas funciones modernísimas, de montones de muelles toallas, de azulejos evidentemente resistentes a todo, al calor y al agua y a los niños y a la gimnasia y a los arañazos. Inmediatamente pensé en Sylvia. Sí, Sylvia tenía cierta calidad de cuarto de aseo de hotel de lujo diseñado por el mejor arquitecto y a todo costo. Sólo le faltaba una de esas fajas de papel que lo sellan todo, asegurando que lo que uno está a punto de utilizar está totalmente esterilizado: no, Sylvia seguramente no tenía hijos, era hijo de su marido en un matrimonio anterior. El vaso de lavarse los dientes, la colonia, tijeritas para las uñas, talco, todo listo sobre la repisa de porcelana junto al lavabo. Y colgando de ella -¡qué refinamiento!- uno de esos libritos de papel rojo que las mujeres utilizan para limpiarse los labios sin estropear las hondas toallas vírgenes.

Repentinamente pensé que no debía haber venido. A estas horas estaría durmiendo sumergido en el abrazo oloroso que unía mi sueño al de Magdalena. Abrí el librito de papel rojo como si lo fuera a leer: la primera hoja no había sido utilizada para limpiarse los labios. Una tijera había recortado de ella la forma perfecta de una boca femenina... Tomé la tijerita de la repisa, la examiné cuidadosamente y vi que quedaban aún unos filamentos rojos prendidos en su ángulo. *Elementary, Watson!* Sería divertido mostrárselo a Magdalena y nadie los iba a echar de menos, de modo que con esa facilidad con que la gente se roba toallas en los hoteles, me eché el librito rojo en el bolsillo para que Magdalena viera las posibilidades de refinamiento que presentaba un cuarto de aseo contemporáneo. Después de lavarme los dientes con un cepillo nuevo me fui a acostar. Dejé mi chaqueta y mis pantalones tirados de cualquier manera sobre las sillas, y al meterme en la cama me quedé dormido pesadamente, inmediatamente, sin tener tiempo de ansiar la presencia carnal y definitiva

Librodot

de Magdalena en la cama para guarecerme en ella.

Sólo al darme cuenta de que me había incorporado y tenía el dedo puesto sobre el botón de la luz, supe que me había ido despertando poco a poco. La sensación de una presencia extraña en mi cuarto se había ido introduciendo en mi sueño y finalmente me había sacado de él. No es que oyera ruido. Era, más bien, como si un ser torpe como aquella mariposa nocturna se estuviera golpeando ciega y sin defensa contra los muebles, y las mesas y las sillas que su cuerpo no tenía la fuerza para volcar, pudieran estropear la superficie vulnerable de esa presencia. Era la mariposa. Con el dedo en el botón de la luz seguí escuchando, sintiendo más bien, consciente ahora, ese revolotear desesperado. Apreté el botón. El haz de luz de la lámpara de velador estaba dirigido justo sobre mi pecho, donde debía estar el libro para leer en la noche, de modo que el resto del cuarto permanecía en una penumbra dispuesta en las distintas concentraciones de los muebles oscuros y las cortinas claras que se movían apenas porque había dejado la ventana entreabierta.

Pero, ¿era la cortina lo que se movía, flotaba...? Una figura fantasmal se desprendió de los pliegues inflados por un poco de aire que apenas los agitaba.

-¡Sylvia!

No me oyó. ¡Claro! ¿Cómo iba a oírme si no tenía orejas? Fue lo primero que, sorprendido y horrorizado, noté que le faltaba... y sin embargo debo decir que no demasiado sorprendido: en ningún momento pensé que se las hubieran arrancado o cortado, sino, simplemente, que no las llevaba puestas y que por lo tanto, claro, no podía oírme... aunque sí se había dado cuenta de que prendí la luz de la mesilla de noche. Pero todavía inmóvil por el sueño y tratando de penetrar la penumbra con mi mirada, me di cuenta de que era muy posible que no me viera porque Sylvia tenía los ojos casi borrados de la cara... *Vanishing Cream:* lo que me pareció evidente era que Sylvia apenas veía, quizá sólo borrones tan indefinidos como las facciones que el maquillaje había disuelto a medias sobre su cara ovoide. Lucía un camisón largo, suntuoso, claro. Sus amplios pliegues no me permitieron darme cuenta de mucho porque los pliegues eran sólo borrones contra la cortina borrosa... no, no me di cuenta de mucho, pero sí me di cuenta de que Sylvia tampoco llevaba puestos sus brazos: y claro, buscar algo en un cuarto oscuro sin ojos y sin brazos es tarea difícil. Volví a murmurar:

-Sylvia...

La vi inclinarse sobre mi ropa como intentando ver, escarbar, quizá removerla y registrarla. Pero no podía hacerlo. Sus movimientos no eran más que gestos desesperados de un cuerpo incompleto, embrionario, sin cara, con ojos sugeridos, la boca, las orejas ausentes, y el largo cuerpo, la elegante silueta sobre la cual todo lo demás podía ser colocado como adjetivo, era lo único vivo, unitario, inalterable. ¿Cómo buscar sin tener brazos ni manos ni ojos? Y sin embargo, esa línea de elegancia infinita, despojada de todo lo que no fuera su propia elegancia, expresaba eso: búsqueda desesperada, como quien busca la vida que está fuera de su alcance para apoderarse de ella y ponérsela como quien se pone lo que a su cuerpo le falta. Una enorme compasión surgió en mí al ver ese esquema de una idea buscando algo para completarse y tener acceso a la vida: ¿sus orejas, sus brazos...? Era todo tan incierto. Por eso no quise encender las luces. Dejé la que estaba en el velador y, poniéndome mis zapatillas, me acerqué a ella cautelosamente para no asustarla: de cerca su rostro era el de un feto, las facciones apenas insinuadas esperando la invocación mágica del maquillaje para precisarse.

Yo debía ayudarla a hacerlo. La pintura borroneada sobre los patéticos proyectos de ojos era lo único más definido de ese rostro sin boca, sin nariz, sin orejas, sin mentón. Ya muy cerca de ella, vocalizando lo más nítidamente posible, le pregunté, con la esperanza de que esos ojos embrionarios pudieran discernir en mí a un amigo:

-Sylvia. ¿Qué buscas?

Pero no me oyó. Volví a preguntarle:

-¿Quieres que te ayude?

Tampoco me oyó. Entonces, acercándome más, la toqué. Se incorporó como con una descarga eléctrica, quedando de pie ante mí, mirándome, frunciendo lo que debía ser la frente en su esfuerzo por verme, como si yo estuviera muy lejos, como si ella fuera una india y hubiera colocado una de sus manos inexistentes -o perdidas, o guardadas, o robadas- a modo de visera sobre sus ojos para alcanzar a divisarme en el fondo de un desfiladero o en la punta de una montaña. Pero me reconoció: me di cuenta inmediatamente de que supo que era yo, su amigo, y que estaba dispuesto a ayudarla. Me di cuenta también de que al reconocerme comenzó a tratar de hablar, aun sin tener boca. Sus mejillas y su mentón inexistentes efectuaban movimientos muy semejantes a los que efectúa un niño cuando masca una bola grande de chicle... Sí, los movimientos eran ésos, sólo que sin la boca porque boca no tenía. Sin embargo, vi que Sylvia trataba de decirme algo con los movimientos de sus mejillas lisas como las de un huevo, vacías, blandas y expresivas ahora. Me rogaba que la ayudara. Se lo dije:

-Quiero ayudarte.

Ella se alzó de hombros, significando que no oía. Yo hice un gesto con las manos y luego con todo el cuerpo, pidiéndole que me indicara de alguna forma qué necesitaba, cómo podía ayudarla. Ella me entendió inmediatamente, porque indicó mi *blazer* con la punta de su pie. Y de pronto, la sensación de orgullo al haber podido comunicar mi afecto a un ser que carecía de los órganos necesarios para captar agudizó mi curiosidad. Curiosidad y, claro, compasión: sí, hubiera querido tocarla. Quizá fue entonces, al darme cuenta de su infinita y dolorosa falta de recursos, el primer momento en que sentí el impulso de acariciarla. Estábamos unidos, intentando inventar un idioma propio a esta situación irreproducible que sólo podía existir entre ella y yo, y si ella hubiera tenido boca quizás hubiera pensado en besarla, tan desnuda la sentí bajo su camisón, tan despojada de todo. Pero con el pie Sylvia me señalaba urgentemente mi *blazer* y lo tomé. Ella movió la cabeza, gesticulando con todo lo que podía gesticular, para indicarme, cuando yo traté de ponerme el *blazer* y luego de ponérselo a ella, que no era eso lo que quería, quería que fuera sacando las cosas que contenían sus bolsillos. Fui sacando mi cartera, mis cigarrillos, mi pañuelo y otras cosas que ella fue indicándome, con movimientos de la cabeza, que no eran lo que buscaba. Luego me indicó los pantalones. Metí la mano en el bolsillo y saqué el librito de papeles rojos. Fue entonces que ella indicó que sí, sí, sí con la cabeza, con todo el cuerpo desesperado, eso era lo que quería, eso era lo que buscaba. Yo quise entregárselo. Pero, claro, no tenía ni manos ni brazos, así es que ella no podía cogerlos. Sin embargo, gesticulando frenéticamente con sus mejillas que ahora parecían mascar algo más voluminoso que un chicle, me indicó que la siguiera hasta el cuarto de aseo.

La luz de todos los cuartos de aseo del mundo es cruel y cruda. Bajo esta luz miré el huevo blando con facciones fluidas y ojos borrosos de

maquillaje a medio quitar que para tratar de explicarme, algo mascaba chicle... explicarme, sí, sí, escudriñando cada movimiento de sus mejillas entendí que era algo que se refería al librito de papeles rojos, que lo abriera, que tomara la tijerita y que recortara una boca, cualquier boca con tal que fuera boca, en la segunda hoja de papel colorado. Así lo hice, cuidadosamente, tratando de reproducir los contornos de la boca que Sylvia tenía anoche. Ella hablaba sin cesar y sin hablar, moviendo las mejillas mientras yo terminaba de recortar la boca y la mojaba un poco en el grifo como si desde siempre supiera exactamente qué hacer, cuál, exactamente, era mi misión en este momento porque ella, Sylvia, me lo había dicho todo sin necesidad de tener boca. Y mientras ella hablaba frenéticamente sin hablar, yo le pegué la boca recortada y humedecida donde debía ser la boca. Inmediatamente la oí decir:

...dinner at the diner
nothing could be finer
than to have your ham'n eggs in.
Caroooooooolineeeeeerrrrrr...

Prolongó la última sílaba como un do de pecho para probar si su boca nueva le servía. Entonces se calló bruscamente, se acercó a mí y, poniendo su boca recién recortada sobre la mía, me besó. Sin poder resistir el impulso, la tomé en mis brazos, y ese beso -que ella, sin duda, me daba para probar la eficacia completa de su boca en todas sus funciones- me hizo conocer la satisfacción de besar y quizás hasta de amar a una mujer que no es completa: el poder del hombre que no corta lengua ni pone cinturones de castidad, por ser procedimientos primitivos, sino que sabe quitarle o ponerle la boca para someterla, desarmarla quitándole los brazos, el pelo en forma de peluca, los ojos en forma de pestañas postizas, cejas, sombras azules, quitarle mediante algún interesante mecanismo el sexo mismo para que lo use sólo en el momento en que uno lo necesita, y todo, todo en ella depende de la voluntad del hombre -que cante o no cante CHATANOOGA CHOOCHOO, que nombre o no nombre demasiadas veces a Magdalena-, era una emoción verdaderamente nueva, como si mi fantasía la hubiera venido buscando desde el fondo del tiempo para encontrarla aquí esta noche. Claro que Sylvia ahora podía hablar y quizá me explicaría cosas que por el momento al menos, yo no quería saber. Lo que yo quería era llevarme a ese maniquí sin brazos, con su boca voraz porque yo la quería voraz, carente de autonomía, a la cama y hacer el amor con ese juguete. El no dotarla del resto de sus facultades dependía totalmente de mí. Esa muñeca no podía buscar nada en el amor, sólo ser instrumento. Pero Sylvia se estaba prendiendo a mí con su boca, envolviéndome con la lascivia de su cuerpo incompleto: era como si su intención fuera comprometerme para después obligarme a algo, o más bien pedirme hacer lo que ella quisiera... porque Sylvia, aun en su embrionario estado actual, sabía que su cuerpo, aun sin brazos, que su rostro, aun sin facciones más que en la forma más rudimentaria, era lo suficientemente deseable como para que me excitara. Nos tendimos en la cama. Y después del amor la miré inerte, sonriendo sobre la sábana. Sólo la boca sonreía. ¿Tenía o no cerrados los ojos por el placer? Era difícil verlo en la penumbra. En todo caso la posibilidad de que no tuviera ojos, sólo promontorios de materia, no dejaba de sobresaltarme. Lo que sí debo decir era que la ausencia de los brazos era positivamente un adelanto, un perfeccionamiento en la mujer, ya que tantas veces en el lecho

con Magdalena me habían parecido de más; o por lo menos que uno, con frecuencia, sobraba.

-Sylvia.

-Cuando despierto en la mañana tengo la sensación de que si no me pinto los ojos no voy a poder ver... Lo primero que hago al despertar, incluso antes de tomar desayuno o bañarme, es pintarme los ojos.

Me indicó dónde, en su dormitorio, guardaba su material de maquillaje, y fui a buscárselo. Al regresar la encontré sentada frente a la mesa de tocador de mi cuarto. Sólo entonces me di cuenta de que yo iba a tener que maquillarla, porque ella no tenía brazos.

Sobresaltado, le pregunté:

-¿Y tus brazos?

-No sé dónde me los escondió Ramón. En fin, no te preocupes, no tengo ganas de ponerme los brazos hoy. Maquíllame tú...

-Pero si yo nunca...

-No importa...

-Yo pinto abstracto.

-Mejor...

Alegó que mi falta de experiencia en el maquillaje no importaba nada: mi experiencia en pintura, en cambio, aunque fuera *amateur,* bastaba. Hizo un largo gesto con los hombros -si hubiera tenido brazos hubiera sido un gesto de estirar los brazos para desperezarse y si hubiera tenido ojos los hubiera cerrado con satisfacción- y cuando yo le acaricié la peluca y dejé las cosas de maquillar en la mesa, Sylvia se reclinó amorosamente hacia atrás contra mi cuerpo. No cesaba de hablar, con el fin de probar que su boca servía para esa función:

-...contenta, como renovada... no sé, alegre: sí, por lo tanto, mira, quiero unas cejas muy arqueadas, sí, con ese pincel, sí, abre ese estuche, ahí están los colores. Con esta peluca clara tienen que ser cejas apenas esbozadas, un color casi pajizo, diría yo. ¿No te parece?

-Te digo que no entiendo de estas cosas.

Tuvo un gesto de impaciencia. Dijo:

-Bueno, con razón eres un pintor amateur solamente, si no te atreves a experimentar. Ve a mi dormitorio. Junto a mi cama está el último *Vogue.* En la portada de ese *Vogue* está el rostro que quiero llevar hoy, y dentro están las explicaciones de cómo hay que hacerlo.

Cuando regresé con el *Vogue,* a la luz de los focos que circundaban el espejo del tocador no miré el rostro de Sylvia, sino que examiné el rostro femenino mirándome con ojos vacíos desde la portada de la revista con una atención que nunca antes había mirado ningún rostro, cada detalle de color y superficie, y suplantando esa delicada realidad de papel por la de Sylvia: un milagro de delicadeza, los matices fundidos o separados como los del ala de una mariposa, polvos y tintes y brillos y tonalidades fundiéndose sobre la delicada materia de una mejilla -de cualquier mejilla, con tal que fuera delicada y sirviera de tela para la composición de colores, que era lo que importaba-, sobre la frente, sobre los ojos, dibujando contornos y pestañas y realzando suavidades.

-Yo no puedo.

-Sí podrás, Anselmo. Yo te diré cómo.

-¿Cómo?

-Comienza por abrir el estuche...

Desplegué sobre la mesa de tocador la infinidad de pomos y

potingues insospechadamente variados en comparación con el arsenal modesto del maquillaje de Magdalena.

Destapé, preparé algodones y cisnes y pinceles y lápices, obsesionado por la infinita variedad de recursos que es lícito que una mujer use para adquirir no sólo un rostro, sino el rostro que quiere adquirir.

-Primero los ojos; el pincel delgadito, largo... un tono más bien marrón... Pero, espera. ¿Tengo muy sucia la cara, muy borroneados los ojos?

-Sí.

-Ah, entonces límpiame...

No había sentido ninguna vejación al verme ante la tarea de maquillarla. Pero ante el deber de limpiarla, sí sentí un poco de humillación que no quise que ella percibiera, y pregunté:

-¿Cómo?

-Con *Vanishing Cream.*

Y siguiendo paso a paso sus indicaciones le limpié la cara hasta dejarla convertida en un huevo perfecto con una boca roja. Luego, retocando y retocando según ella me guió después de que la doté de ojos, mi mano logró reproducir sobre el rostro ovoide de Sylvia el bello rostro de la portada del *Vogue,* que sin embargo era el rostro de Sylvia: una máscara suave, sutil, divertida, sabia. Varias veces, al extender con mi mano quizás un poco torpe algún merjurje coloreado y oloroso sobre sus mejillas, ella, me pareció que con demasiada dureza o impaciencia, corrigió mi trazado del contorno de la mejilla o mi colocación de las pestañas postizas en el párpado inferior del ojo derecho. Quedé maravillado al ver que de este feto, que no era más que materia antes de la creación, fui haciendo emerger un verdadero rostro humano y hermoso, el de Sylvia pese a la superposición de la portada del *Vogue.* No pude dejar de sentir una atracción feroz hacia ella otra vez, y la besé en la nuca y en el cuello y la invité a la cama. Ella se escabulló, excusándose, diciendo que no quería cansarse, que quizá más tarde, que ahora el peinado, una peluca distinta por el tono general del maquillaje... Y yo, entonces, ante su resistencia, en un acceso de rabia, la amenacé con borrarle la cara. Aterrada, se puso bruscamente de pie, encarándome, y yo encarándola a ella con un trapo en la mano para borrarle la cara con *Vanishing Cream* como quien borra un monigote de tiza que acaba de esbozar sobre un pizarrón. Ella se lanzó sobre mí y, con su boca caliente y sus labios gruesos y flexibles sobre los míos, y buscando con su lengua en mi boca, me hizo olvidar mi propósito. Dejé caer el paño al suelo para abrazarla. Ella se dejó, restregándose contra mi cuerpo, y con la mirada hundida en mi hombro, junto a mi cuello, comenzó a murmurar cosas que poco a poco fueron tomando la forma de palabras reconocibles:

-...después... amor... tenemos todo el día... hambre, tengo hambre... desayuno. ¿No tienes hambre? Sí, sí, vamos a la cocina a tomar desayuno.

Antes de soltarla ofrecí ir a buscarle sus brazos para ponérselos antes de ir a tomar el desayuno, pero al desprenderse de mí y con palabras todavía ahogadas en mi cuello, murmuró que esperara, que no acababa de despertar y no se acordaba de dónde le había dejado los brazos Ramón anoche. La solté. Al hacerlo, me sorprendí al comprobar que en ese momento comenzó a primar en mí el habitual hambre de la mañana más que el deseo, que ahora bien se podía aplazar durante una hora.

La cocina -también perfecta, como el baño; también, según Ramón, prueba del buen arquitecto- era toda un espacio de baldosas azules pulidísimas y metales cromados y muchos artefactos evidentemente muy útiles pero carentes de significado para un hombre, destinados a funciones

impenetrables, colgados como instrumentos de tortura en la pared o alineados sobre los anaqueles como en un laboratorio. Desde su asiento Sylvia me indicó cómo preparar el café y dónde estaba cada uno de los utensilios, la tostadora de pan -no, no, gracias, ella mermelada no, mantequilla no, por la línea, pero si yo quería, había de todo detrás de esa puerta con celosías-, y después de servirle a ella su gran tazón de café negro me preparé mis tostadas y un desayuno un poco menos frugal. Mientras terminaba de desayunar, comentando la reunión de la noche del sábado en casa de Ramón y Raimunda Roig, parecía un poco inquieta, como si yo estuviera tomando demasiado tiempo para desayunar y ella se estuviera aburriendo. Apuré mi taza de café y, tomando su impaciencia como un halago a mi virilidad diestra y generosa, me puse de pie. Entonces sonrió, se puso de pie también, y nos dispusimos a salir de la cocina. Se detuvo ante la puerta cerrada, yo me di cuenta de su problema, y galantemente se la abrí. Ella sonrió y siguió camino. Ante cada puerta, como una reina, iba deteniéndose para que yo se la abriera, pero su primera sonrisa ante la primera puerta que le abrí se fue transformando a medida que le iba abriendo puertas sucesivas, en una expresión autoritaria. En su habitación me ordenó:

-Abre las cortinas.

Lo hice.

-No tanto.

No me dio las gracias. Se sentó ante el tocador de su dormitorio y al mirarse con atención en el espejo iluminado, dijo con desgano:

-No, no resultó. Todos los espejos son distintos y todas las luces son distintas. Ahora veo que lo que hiciste en tu habitación está mal, todo equivocado...

-Bueno, Sylvia, pero eso es un tecnicismo un poco innecesario en estas circunstancias, ¿no te parece? No te voy a maquillar otra vez...

-Abre el armario. Ahí, a la derecha, busca, sí, ahí está mi chilaba rosa. Por favor, pónmela... sí, pero quítame primero el camisón, sí, así...

Al desvestirla y ponerle su chilaba, de nuevo toqué ese cuerpo liso y fresco, perfecto, como dibujado de un solo trazo, y medité que de veras los brazos no agregan absolutamente nada a la belleza ni a la sensualidad femenina y son, en ciertos momentos, un estorbo: al fin y al cabo, toda Venus que se respeta se encarga de perder sus brazos; por algo será, no va a ser un simple accidente histórico. Cuando le puse la chilaba rosa me di cuenta de la verdad de los defectos del maquillaje ejecutado por mí: el color de los pómulos era áspero, el de los párpados estridente, el tono de la boca no armonizaba con el resto del maquillaje. Sylvia me indicó -digo «indicó» porque ése era su tono ahora; no digo «pidió»- que fuera a la biblioteca para traer un montón de *Vogues* que había sobre la mesa de café. Volví agobiado por el peso de las revistas, y tendiéndonos en la cama con ellas, a la luz despejada de esa mañana de sol, me hizo elegir una Vogue para seleccionar otro maquillaje quizás, e ir pasándole las hojas para que ella viera y eligiera. Me estaba aburriendo. Me di cuenta de que si no tuviera tan cerca su torso diminuto, sus piernas larguísimas, no toleraría el aburrimiento de ver mujeres todas iguales bajo maquillajes y vestidos distintos en las páginas de *Vogues* italianas, inglesas, francesas, americanas. Le dije a Sylvia:

-¿No quieres que te ponga los brazos?

-No.

-¿Por qué?

Librodot

-…creo que se los llevó Ramón.

Me pareció una impertinencia de parte de Ramón.

-Pero ¿por qué se los llevó?

-A los hombres les gusta dejar imposibilitadas a las mujeres… No quiere que salga de aquí.

-Pero,¿y tú?

Me miró sonriendo su sonrisa más encantadora. Poniéndose de costado sobre el sitio que hubiera ocupado uno de sus brazos, se acercó a mi cuerpo, y sentí toda su línea respirando acompasadamente con la serena sencillez de las cosas mecánicas, entregada e indefensa puesto que carecía de brazos, envuelta de pronto en los míos. Entre los besos murmuró:

-¿Yo? Yo te tengo a ti…

No supe qué significaban sus palabras, pero me bastaron. La apreté entre mis brazos, dispuesto a hacer el amor otra vez, pero ella me lo impidió, diciéndome:

-¿No prefieres hacer el amor con una mujer que sea la misma pero que tenga otra cara?

Yo reí. Sylvia tenía una manera de decir las cosas, una voz... Se había incorporado y se sentó en la banqueta del tocador, esperando, sabiendo lo que yo le iba a decir:

-Sí.

-Yo no soy una mujer como… como Magdalena, digamos, que es siempre la misma… Toma este trapo. Sí, ponle *Vanishing Cream,* no, el otro pote… Puedo tener mil caras y darle a mi hombre, como le doy a Ramón y ahora a ti, la sensación de que son capaces de enamorar a muchas mujeres, a todas las mujeres, que es lo que los hombres quieren… Sí, bórrame primero las cejas… así, así… y luego el color de las mejillas… suave… suave… sí, así, mi amor, qué bien lo haces, qué bien, mucho mejor que Ramón, mucho mejor… quítame la peluca… no, no te extrañe que tenga tan poco pelo y tan corto y albino, sí, soy casi albina, por eso me hice modelo, por eso uso maquillaje y peluca y mi cutis es tan blanco… así… y mueve la luz un poco porque me hiere los ojos, los tengo un poco débiles, ya lo sabes… tendrás que pintármelos muy bien. Ramón me los pinta estupendamente, con mucha fuerza, y generalmente veo muy bien: tendrás que esmerarte si no quieres que pase el día entero con gafas… Magdalena me dijo que usa gafas como tú para leer, pero sólo para leer… Tú maquillas muy bien, voy a decirle a Magdalena que te haga maquillarla. Quedamos de comer juntas en cuanto yo la llame por teléfono cuando regresemos a Barcelona… Sí, ustedes en el trabajo y las mujeres comiendo juntas y hablando de sus cosas… una mujer acojonante si sólo supiera sus posibilidades, todo lo que podría hacer con su belleza si se cuidara más, si se maquillara mejor, por ejemplo… ahora la boca… cuidado, no me la quites… sí, me quedaré callada mientras me la arreglas…

Quitársela para que cesara su charla estúpida, para… Pero si se la quitaba ya no tendría esa boca en que hundir mi boca… no podía borrársela para obligarla a dejar de hablar de Magdalena, pero seguía hablando ella, como anoche, diciendo que eran almas afines, hermanas, que rara vez había sentido tanta afinidad por una mujer… que le encantaba… que le iba a sugerir algunos cambios en el maquillaje, algunas sofisticaciones necesarias en el peinado y en el atuendo. Y mientras hablaba, yo, obediente ante esta Venus sin brazos, le iba cambiando el maquillaje, y el rostro que surgió de mis manos era el mismo pero otro, otra mujer pero la misma que me había amado y volvería a amarme. Le imploré que lo hiciera, pero dijo que no, que

no estaba «lista», que no tenía ganas, que estaba cansada, que necesitaba que se produjera una situación, un clima, como anoche, que le dijera cosas, que... y ante mi insistencia se enfadó tanto que terminó por decirme que bastaba, que me fuera, que tomara el otro coche y regresara a Barcelona donde mi mujer que me estaría echando de menos, y ya que Magdalena me dominaba de tal manera que yo no podía pasar ni una mañana no presupuestada fuera de la casa sin que ella se inquietara y me buscara como a un niño... Pero mis manos, mis besos, mis abrazos: Sylvia cedía, sí, cedía; su agresividad iba amainando, que sí, que bueno, si quería tanto, que consentía en hacer el amor una vez más conmigo aunque ella no tenía ganas ya, estaba cansada, tenía poca resistencia debido a las dietas a que debía someterse para guardar la línea... claro, y se sacrificaba, aun en esto, ya que la línea y la elegancia para ella lo eran todo, eran lo único que realmente importaba, lo único tangible, real... y yo recordaba de hacía unas horas la finura de sus piernas entre las mías. Dijo:

-Corre las cortinas.

Lo hice y me metí en la cama con ella. Su boca era a pesar de los cambios la misma boca honda y voraz de siempre, y su cuerpo sutil entre mis brazos estaba dotado de sabios movimientos lúbricos destinados no sólo a excitarme a mí, sino a excitarse a sí misma. En un momento dado, me dijo:

-No puedo.

-Sí puedes, mi amor...

Dejó transcurrir un momento. Después murmuró muy bajo:

-Trae un pote de crema del tocador.

En la oscuridad tomé uno cualquiera y se lo pasé. Después de usarlo lo dejó sobre la mesilla y entró de lleno en el amor, excitándose y excitándome sabiamente, hasta que la penetré y ella -más, oh, mucho más que la otra vez- gozó y gocé yo con ella de modo definitivo, como si hubiera dejado mi esencia en ese orgasmo. Nos dormimos.

No sé qué hora sería cuando desperté con una curiosísima sensación de haberme sometido como un niño bueno, y de que me habían dado un premio por hacerlo. Era curiosa, medité, esta infinita posibilidad de transformaciones que producía el amor con Sylvia, tanto en ella como en mí, como si ambos no fuéramos más que envoltorios diferentes y cambiables armados en torno a esa fibra central que es la posibilidad de hacer el amor cada vez distinto. Sentí ganas de orinar. Me levanté, callado, pero al pararme desnudo frente a la taza y mirar el trozo de mi cuerpo que tenía que mirar, comprobé con horror que se había desvanecido aquello que me acababa de procurar tanto placer con Sylvia y que tanto placer le había procurado a ella. Simplemente no estaba. En silencio volví a la habitación. Encendí una pequeña luz. La vi dormir, desnuda, plena, pero liviana sobre la sábana, su bello rostro artificial inclinado sobre su hombro sin brazo. Luego miré la mesilla de noche. Allí estaba el pote blanco. Pensando en otra cosa lo tomé, y casi sin darme cuenta de lo que hacía, maquinalmente leí su etiqueta:

-Elizabeth Arden. *Vanishing Cream.*

Crema de desvanecer, de hacer desaparecer, de borrar, de limpiar, de dejar vacío, sin rostro, sin sexo, sin arma de ninguna clase con que herir o defenderse o procurarse placer. Ella me había quitado lo que hacía gravitar mi unidad como persona, lo que me permitía unirme a Magdalena, y siendo esta unión misma lo que le daba forma a mi trabajo, a mi relación con los demás, con mis hijos, Sylvia había descoyuntado mi vida... *Vanishing Cream...* claro: una treta montada por Sylvia, esta muñeca sin alma y sin

rostro.

Mi furia contra ella, la sensación de que me había quitado mi más poderosa arma para someter, alzó mi furia, y mirando a mi alrededor buscando con qué atacarla -un látigo para marcar su piel blanca, por ejemplo-, sólo vi el pote de *Vanishing Cream* sobre la mesita de noche. Inmediatamente tomé un paño y lo unté en la crema y me lancé violentamente contra Sylvia, que despertó chillando, hasta que le borré la boca, y como carecía de brazos sólo podía patalear para defenderse: inútilmente, sin embargo, porque en dos minutos le había borrado la cara, todo, los ojos y la nariz y las cejas y la frente, dejándola convertida en un borrón rojizo, azul, rosa, negro, con las pestañas artificiales pegoteadas en cualquier sitio de ese huevo sin rostro y sin peluca que ahora remataba el cuerpo que había englutido mi sexo. Venganza. Sí. A ella no podía arrancarle el sexo como ella a mí, porque sería necesaria una operación quirúrgica. Las mujeres son más complicadas desde ese punto de vista. Pero le había borrado la cara, lo que para ella quizá resultaría peor. ¿Por qué no encerrarla para siempre así borroneada, incompleta, sin ver, ni oír, ni hablar; y quizá si lograba encontrar los ajustes que unían sus piernas a su torso, quitarle las largas, finas piernas, y quizá, después, quitarle el cuello y la cabeza, y limpiarlo, y plegarlo, y ordenarlo, guardar todo cuidadosamente en una caja?

La encerré con llave en la habitación. Yo tenía que huir ahora mismo, dejar atrás a esta bruja para regresar al mundo de los vivos, seres maravillosamente unitarios de carne y hueso que tienen un solo rostro y que no se desvanecen ni se arman... sí, sí, huir hacia Magdalena. Que Ramón, si quería, rescatara a Sylvia y volviera a pintarla. Yo, mientras tanto, me vestía para partir. Pero al ponerme mi *blazer* me detuve: ¿y esa parte mía que Sylvia había hecho desaparecer? ¿Cómo iba a irme sin ella? ¿Cómo vivir sin ella, cómo explicarle a Magdalena...? Me abotoné el *blazer* enérgicamente. No. Imposible. No era verdad. Estas cosas fantásticas no ocurrían más que en modernas novelas de autores tropicales. A mí, un buen médico catalán, con barba y con gafas y con cierta afición a la pintura, no podía sucederme una cosa así: un psiquiatra me curaría de mi fantasía en unas cuantas sesiones. No era más que mi sentimiento de culpa por haberle sido infiel a Magdalena. Absurdo en un hombre civilizado como yo, que sabía que las técnicas de Masters and Johnson curan estos traumas entre las dos partes de un matrimonio facilísimamente. Huir, sí, y dejar encerrada a esta mujer, o a este pedazo de mujer: yo tenía mujer propia, mía, mía, entera, y no estaba para pigmalionizamientos absurdos con una modelo bastante tonta que dentro de un par de años ya sería una carcacha inservible en el mundo de las maniquíes porque otras más jóvenes encarnarían con más precisión gustos brevemente contemporáneos. Sí, la conciencia de que yo quería a Magdalena, unitaria, presente, aliada, de carne y hueso, no de tela y maquillaje, me hizo salir a la carrera de la masía, sacar el coche y partir rumbo a la realidad de Barcelona.

Durante el viaje barajé el nombre de varios psiquiatras con quien consultaríamos, Magdalena y yo, para solucionar el problema. Pero al cabo de unos cuantos kilómetros pensé que no. Tal vez sería preferible, al comienzo, no decirle nada a Magdalena y hacer las cosas por mi cuenta. Sí, al comienzo debía disimular con subterfugios y excusas -comenzar la redacción de ese trabajo de laboratorio, por ejemplo, que de pronto me urgiría, trabajando así hasta tarde en la noche y levantándome cansado y temprano, para no tener que tocarla-, hasta que gracias al tratamiento

psiquiátrico mi sexo reapareciera en el lugar que la naturaleza le tenía destinado.

Al llegar a casa me sorprendió la total falta de sorpresa de Magdalena ante mi ausencia. Debo decir que, incluso, me ofendí un poco porque era como si mi ausencia le hubiera dado la oportunidad para hacer cosas que mi presencia coartaba. Yo había venido en el coche fabricando toda clase de explicaciones por mi ausencia de una mañana, pero no me pidió ninguna. Claro, el sentimiento de culpa que esperaba castigo, me dije; al fin y al cabo, nada más natural que me retrasara un poco habiendo pasado el *week-end* con Ramón y Sylvia. Ella ya le había avisado a la señora Sanz, mi enfermera, para que deshiciera todos mis compromisos esa mañana. Me ayudó a prepararme para ir a la consulta después del almuerzo. Dijo que habían llamado Marta y Roberto para recordarnos que esa noche teníamos entradas para un concierto de música dodecafónica... sí, le dije, sí, me dije, esto me daba un respiradero, me las arreglaría para acostarnos muy tarde, y como había faltado este lunes en la mañana al hospital, bien podía pretextar eso para levantarme temprano al día siguiente y compensar así lo que había faltado. Un día y una noche de aplazamiento, de paz. Entretanto -no desde la oficina, sino desde algún bar para que la señora Sanz no se enterara- haría una cita con mi colega el doctor Monclús, quien, yo sabía, obraba verdaderos prodigios no con los métodos anticuados de Freud, sino con el más contemporáneo behaviourismo, sí, y con algo de yoga... una mezcla de Masters and Johnson con Jung que me parecía bastante interesante y probablemente efectiva. No es que no me fiara de Magdalena y por eso quisiera mantenerla ignorante de mi secreto, que en ningún momento me pareció ignominioso: no, simplemente quería protegerla, no exponerla a innecesarias humillaciones, y cuando el tratamiento avanzara y Masters and Johnson, es decir, el doctor Monclús, lo estimara conveniente, incorporaría a mi mujer al tratamiento.

En mi consulta la señora Sanz, que me escudriñó, me dijo que Ramón del Solar me acababa de llamar por teléfono. Me dio su número, preguntándome si quería que ella lo llamara. Dije que no, gracias, yo lo llamaría más tarde, y noté que la cara de la señora Sanz era idéntica a la cara de Sylvia -con algunos años más y sin nada de apetecible-, idéntica, en realidad, a todas las caras de Sylvia porque todas las caras de Sylvia eran, en buenas cuentas, idénticas entre sí. Después de haber visitado a varios pacientes, la señora Sanz entró a decirme que Ramón del Solar estaba en el teléfono. No mentí diciéndole que me mandara el mensaje porque estaba ocupado con alguien. Me mandó decir que por favor almorzara con él mañana, que tenía cosas muy urgentes que hablar conmigo. Le mandé decir:

-Imposible.

Sorprendida, la enfermera me preguntó:

-¿Por qué?

La miré enfurecido. ¿Qué pretendía? ¿Todas las mujeres, entonces, querían adueñarse de mí, cada una de su sección? ¿Y ella pretendía controlar el horario de mis compromisos? Sí, ahora más que nunca me pareció idéntica a Sylvia y peligrosa como ella, voraz, sí, eso era exactamente lo que era la señora Sanz. Le contesté altanero:

-Ya ha estado suficientes años conmigo, señora Sanz, para saber que los martes almorzamos en casa de los padres de Magdalena. Se está poniendo un poco olvidadiza.

Pensé, no sin una especie de mareo de ilusión, que seguramente, de

Librodot

haberlo querido, también podría borrarle las facciones a esta mujer y desarmarla como a Sylvia, y cuando me hartara, guardarla, clasificándola pieza por pieza en el kárdex verde que ocupaba todo el rincón de su oficina, sacando de allí las piezas de la señora Sanz que necesitara utilizar. Quizá fuera esto a lo que ella aspiraba para así ser la secretaria perfecta, y la armaría completa solamente una vez al año para sus vacaciones, que se tomaría con la hermana de su difunto marido en Ibiza, para ver a los *hippies.*

Esa noche cenamos temprano en casa. Descansé un rato junto a la chimenea leyendo a Jung con vistas a mi tratamiento con el doctor Monclús. Le dije a Magdalena que estaba fascinado con Jung, que las perspectivas que abría a la inteligencia eran increíbles... sí, si no fuera porque teníamos compromiso para ir con Marta y Roberto a oír música dodecafónica me quedaría feliz junto a la chimenea leyendo. Magdalena dijo:

-Mañana en la noche no tenemos compromiso. Puedo acostar a los niños temprano, comer cualquier cosa, y nos podemos meter a la cama para leer hasta la hora que quieras.

Le contesté:

-Sí.

Dejé el libro para ir a vestirme. A la mañana siguiente la señora Sanz me transmitió al hospital un mensaje de Ramón:

-Dijo que tuviera cuidado, doctor.

Ella quiso implantar un silencio después del mensaje, pero no se lo permití.

-¿Nada más, señora Sanz?

-No, nada más.

-Está bien.

-¿No deja algún mensaje para él?

-No, ninguno.

-¿Ni cuándo se pondrá en comunicación con él?

-Yo lo llamaré.

¿Cuidado de qué? ¿De quién? Llamarlo por teléfono para almorzar con él, por ejemplo, que hubiera sido lo natural, presentaba el peligro de tener que discutir y aclarar las cosas, de contarle lo que había sucedido, y francamente, conocía a Ramón del Solar demasiado poco y en un mundo demasiado frivolo, que se alimentaba de toda clase de chafardeo, hasta del más vil, para atreverme a contarle mi vergüenza, que a partir de su boca correría de boca en boca por todo Barcelona.

En la tarde, entre visita y visita, iba al lavabo para ver si se insinuaba algún progreso, con la esperanza de que pese a que faltaban días todavía para mi primera consulta con Monclús, se insinuara siquiera un botoncito de carne presagiando un crecimiento espectacular y una restitución completa... quizás aun sin necesidad de Monclús. Pero nada. Y cada vez que pasaba para dirigirme al lavabo, junto al escritorio de la señora Sanz, ella bajaba sus gafas para mirar mis espaldas por encima de sus vidrios creyendo que yo no me daba cuenta, y cuando salía del lavabo y volvía a pasar junto a su escritorio ella tenía puestas las gafas otra vez y no levantaba la cabeza, concentradísima en los papeles.

Esa noche, sin embargo, cuando regresé a casa, Magdalena salió a recibirme al vestíbulo y me preguntó:

-¿Que no te sientes bien?

-¿Por qué?

-La señora Sanz me telefoneó para decirme...

Allí mismo estallé en un ataque de ira que jamás antes había tenido. ¿Qué se metía esta gente estúpida? Despacharía a la señora Sanz mañana mismo, a la mañana siguiente, esto no podía seguir así, no tenía ni derecho a ir al lavabo cuando se me antojara, bueno, francamente, si un hombre de mi edad no podía... Pero a medida que mi ira cundía me fui dando cuenta de que el pretexto de una enfermedad era, quizá, lo mejor de todo, que siendo médico podría prolongar una dolencia durante el tiempo que quisiera y además con gran despliegue de síntomas para justificar no hacer el amor con mi mujer, y que todo quedara, cuando mucho, en afectuosos besos, quizás caricias, quizás un abrazo, obteniendo así la paz gracias a mi dolencia. Y antes de permitir que se apagara mi ira, presenciada por mis hijos en pijama que acudieron fascinados con la violencia que sólo en la televisión presenciaban, ya le estaba agradeciendo a la señora Sanz haberme organizado la coartada perfecta de una dolencia que yo manejaría a mi discreción, que yo mismo podría prolongar cuanto quisiera, hasta que sucediera algo, quién sabe qué.

-No, no me siento bien.

-¿Qué te pasa?

-No sé, un estado asténico general, una debilidad, un desgano... algo al estómago.

-¡Qué raro! Tú siempre tan estreñido. Sería algo que te dio de comer Sylvia. Dicen que hace unos platos muy exóticos, que mezcla cosas picantes con mermeladas, lo que a mí me parece un asco; pero en fin, platos orientales...

-Comí chuletas a la brasa y ensalada de escarola.

-¿Entonces...?

-No sé.

-¿Quieres quedarte en cama?

La verdad es que me apeteció, como si no salir de la casa durante unos días me fuera a poner a salvo de las maquinaciones de toda clase de brujas. Dije que sí. Que le avisara a la señora Sanz para cancelar mis compromisos por un par de días. En realidad no había nada urgente, y si surgiera algo ella sabía a quién avisar. Estaba sintiendo entre las sábanas una infinita gratitud por la modelo de secretarias que era la señora Sanz, considerando la posibilidad de aumentarle el sueldo para que pudiera ir a un buen hotel a otra parte, no a Ibiza, porque allí ya no había *hippies* que ver y me dolía que se defraudara.

En cama, con las manos placenteramente colocadas sobre lo que mi abuela y García Lorca llamaban el sitio del pecado, pasé las horas muertas vigilando ese sitio con mis dedos por si sentía que se asomaba una pequeña protuberancia que anunciara mi mejoría. Leí a Jung -en un momento en que Magdalena salió de la casa llamé a Monclús por teléfono para retrasar nuestra cita para la semana siguiente-, y Magdalena, respetuosa de mi estado, me daba un afectuoso beso de buenas noches sin exigirme nada más, atendiéndome en todo momento con extremada solicitud, y permitiendo que los niños entraran al dormitorio sólo un rato al atardecer.

Cuando llamó por teléfono Ramón del Solar le mandé decir con Magdalena que no me sentía bien y que en cuanto me levantara lo llamaría para vernos. Preguntó si consideraríamos apetecible la posibilidad de pasar juntos el fin de semana en su urbanización, pero le mandé decir que no, que me perdonara, que muchas gracias, que quizás otra vez, que prefería aprovechar el fin de semana para descansar en la casa y estar sano el lunes

para ir al trabajo. Sin embargo, escuché que afuera, en el pasillo, la conversación telefónica continuaba. Cuando Magdalena volvió a entrar en mi habitación, le pregunté:

-¿Qué hablabas tanto con Ramón?

-No hablaba con Ramón.

-¿Con quién, entonces?

-¡Con Sylvia...!

Me incorporé bruscamente en la cama:

-¿Con Sylvia...?

-Sí. ¿Qué tiene de particular?

-Nada.

Y me fui resbalando, exangüe otra vez, hasta quedar con la cabeza sobre la almohada y los ojos cerrados. Dijo Magdalena:

-Es simpática. Y aunque no parece, nada de tonta. Dice unas cosas tan divertidas... y le pasan unas cosas increíbles.

-¿Sí?

-Sí. Vamos a encontrarnos dentro de media hora para tomar un café juntas y charlar un rato. Me divierte.

Se estaba peinando y maquillando para salir. Mi primer impulso fue prohibirle ir a juntarse con Sylvia: esa mujer ha abandonado a su hijo, tiene mala fama, no puedes lucirte con ella porque van a creer que eres como ella... pero no. Me callé. Decir esas cosas sería desvirtuar todo el coraje de nuestra inmoral moral nueva, sería la traición a un mundo que nuestra generación liberada estaba fabricando para nosotros y nuestros hijos. Me quedé mudo, mirándola pintarse la cara, que le quedó igual que antes. El mensaje de Ramón, «que tuviera cuidado», me hacía barajar infinitas posibilidades siniestras: que Sylvia le revelara a Magdalena que nos habíamos acostado juntos, que le contara que ella había hecho desvanecerse mi sexo, que le diera poderes sobrehumanos, que Sylvia desarmara a Magdalena y me la trajera en un maletín, mil cosas ante el miedo de este encuentro. Y miedo de este encuentro antes de que este encuentro se anunciara: esa primera noche, esa insistencia pesada y machacona de Sylvia con respecto a Magdalena, su tan pregonada «afinidad» que entonces me pareció ridiculamente imposible y que ahora me parecía tanto menos imposible... no. Magdalena no podía ni debía acudir a su cita con Sylvia. Al fin y al cabo uno de los sobreentendidos de nuestro matrimonio era la libertad antiburguesa en lo que se refiere a opiniones y a vida. Cada uno vivía como quería siempre que cumpliera con su parte del contrato y tenía derecho a sus gratificaciones, aunque no fuera más que ir a tomar café con una amiga. Decíamos, incluso, que en un caso extremo lo comprenderíamos todo el uno con respecto al otro, hasta la infidelidad, siempre que no llegara a la promiscuidad barata ni pusiera en peligro nuestro matrimonio... pero una aventura, alguna vez, ¿por qué no? Y el sitio del pecado, ahora bajo mis manos, estaba vacío porque... Sylvia tenía la culpa de todo y lo sabía todo y se iba a reunir con Magdalena dentro de un rato y se lo iba a decir todo, todo. Que no fuera. Quizá desvanecerse, repentinamente sentirme peor... pero no: sería indigno. Y no sólo eso. A medida que me cubría más y más con las sábanas, con la mano histéricamente buscando en el sitio que debía ser del pecado pero que ya no iba a poder serlo nunca más, sentía que, a pesar del peligro, debía permitir a Magdalena que se fuera a juntar para tomar café con Sylvia: en el estado de arrinconamiento en que me encontraba, quizás este encuentro produciría efluvios, ondas magnéticas, poderes, qué sé yo qué, que me devolverían lo que había perdido, porque al

fin y al cabo sólo Sylvia podía hacerlo.

Me quedé pensando y temiendo estas cosas mientras sentía llover afuera, en este helado comienzo de otoño que prometía malas cosechas, inundaciones, alza de precios y cielos deprimentes: era como si por última vez en el año, aquella noche en la urbanización cuando la mariposa nocturna palpó la espalda de Sylvia, se hubiera mostrado el cielo, y después el verano se hubiera clausurado para siempre. No podía leer a Jung. Con razón jamás me gustó: poco científico, pura literatura y romanticismo, qué pereza, y me causó una profunda angustia pensar que el doctor Monclús, en muchos sentidos, adhería a las teorías jungianas. ¿Cómo lo hacía calzar con Masters and Johnson? Absurdo. Monclús era inútil. No acudiría a mi cita con él y cerraría a Jung para siempre. En la habitación de adentro los niños, con la señora Presen, intentaban construir algo que se desmoronaba entre sus risas, y después los tres parecieron enmudecer definitivamente, dejando paso a las extrañas voces eléctricas y azules de la televisión que aplacaron su vitalidad. A mí también. Escuchando desde mi habitación sin oír el significado de las palabras, me daba cuenta de cuándo cambiaban los programas, qué decía cada uno, cuándo pasaban dibujos animados, cuándo noticias, cuándo anuncios comerciales, cuándo... en fin. Hasta que la señora Presen llamó a mi puerta y yo contesté:

-Entre.

Venía con la mesa de bridge y un mantel.

-La señora me dijo que todos iban a cenar con usted aquí en la habitación, ahora que estaba mejor, señor; así es que armara la mesa de bridge y la pusiera para que ella y los niños lo acompañaran a la hora de cenar...

Furioso, le repliqué:

-No me siento mejor.

La televisión todavía tenía presos a los niños. La señora Presen dijo:

-¿No? A usted le hice algo muy liviano, señor.

-Gracias.

-¿A qué hora va a volver la señora?

-No sé.

Yo pensaba que seguramente ahora ya no volvería nunca más y que me iba a tener que pasar el resto de mi vida en la cama, cuidando a los niños revoltosos, despacharlos al colegio, preocuparme de que tuvieran qué comer y qué ponerse cuando hiciera frío, vigilar sus modales y pulir sus conductas. Pero me sentía absolutamente incapaz incluso de hablar con la asistenta que Marta le había «prestado» a Magdalena mientras la nuestra regresaba de su visita anual a sus padres en Jaén, de modo que al sentir que la señora Presen volvía hacia mi cuarto por el pasillo me hice el dormido. Me debo haber dormido de verdad porque cuando me desperté con la puerta del dormitorio que se abría, entró Magdalena con Pepe y Luis de la mano. Al verme incorporarme, me dijo, encendiendo la luz:

-Ya me había dicho la señora Presen que estabas durmiendo. ¿Quieres seguir durmiendo?

Mi curiosidad no podía aguantar:

-No. Me siento perfectamente bien.

Los niños acudieron a mi cama, sentándose en ella y trayendo libros de cuentos para que les leyera. Magdalena se puso de pie junto a nosotros mientras yo comenzaba a leer las aventuras de Sandokán por la que me parecía era la millonésima vez. Me preguntó:

Librodot

-¿No notas nada?

-¿De qué?

-En mi cara.

-Tienes la luz detrás.

Cambió su cabeza de posición. Entonces dije:

-No, no noto nada.

-Yo no entiendo para qué nos arreglamos las mujeres si los hombres nunca notan nada. He pasado la tarde en el piso de Sylvia y ella me hizo este maquillaje acojonante, completamente distinto, y tú me dices que no notas nada... si hasta me depiló las cejas, mira. ¿Ves? Niños, a la mesa...

-No, mamá...

-Que el papá termine el cuento.

-Sí, sigue, papá.

-Entonces el Capitán Yáñez sacó su brillante sable, y avanzando por la cubierta...

Seguí leyendo, tratando de mantener la voz segura y aferrada a la rectitud de la línea para que no me temblara ante la realidad de la confabulación que por fin se había producido entre estas dos mujeres, no sabía para qué, ni cómo, ni con qué medios, ni para qué fines. Magdalena trajo la comida y nos sirvió, hablando de cosas nimias, pero no se volvió sobre el tema de Sylvia y de Ramón, ni del maquillaje. Mientras comía sentí crecer la certeza de que con un trapo podría borrarle la cara a Magdalena, quizás incluso desarmarla pieza por pieza para que en los momentos cuando se ponía intolerablemente peligrosa yo pudiera guardarla, plegada, desarmada, en una caja, y así poder seguir viviendo sin molestias. Al terminar la cena Magdalena desenvolvió un paquete y colocó el contenido en una bandeja. Dijo:

-Eclairs...

Los niños gritaron, aplaudiendo:

-Eclairs... quiero uno...

-Yo quiero dos, hay seis...

Yo fruncí el ceño, extrañado:

-¿Para qué trajiste eclairs?

-Sylvia los hizo. ¿No sabías que es una pastelera estupenda? Me dijo: «Cuando sea muy, muy vieja y ya no pueda ser modelo, vale decir en un año más, pondré una pastelería y me haré rica y no tendré que hacer régimen para adelgazar ni depender de Ramón ni someterme a ningún hombre, y engordaré». Es muy *Women's Lib,* Sylvia. Divertido. ¿No te parece?

-¿Para qué los trajiste? ¿Quién se los va a comer? Yo estoy enfermo del estómago, tú te cuidas la silueta y no pruebas dulces, y no sé si serán un postre apropiado para los niños en la noche... tan indigesto...

-Hoy voy a comer uno. Mira, éste más largo, el más grueso... y mañana comienzo un régimen para adelgazar que me aconsejó Sylvia, que sabe tantas cosas.

Vi el grueso miembro dulce, rebosando crema, sobre su plato. La vi tomarlo con los dedos -ella tenía la teoría de que las pastas hay que comérselas con la mano, a mascadas, que sólo así tienen el sabor de la infancia, y lo demás es pura cursilería-, llevárselo a la boca, hincarle el diente, una, otra y otra vez hasta engullirlo entero y definitivamente.

Me llevé las manos al sitio del pecado. El pequeño botoncito que, esperanzado, había creído sentir brotar un momento antes de quedarme dormido, había desaparecido. Le dije a Magdalena que me estaba sintiendo

muy mal, que quitara la mesa con los restos de la comida, yo iba a tomar un Mogadon para quedarme dormido inmediatamente, ya no podía más.

La sensación del poder mágico de Sylvia, la mujer adjetivo, la mujer decoración, la mujer desmontable y plegable que presenta todas las comodidades de la vida moderna, privada de todo, hasta de individualidad y unidad y por eso poderosa, debe haber primado durante mis sueños que no alcanzaba a recordar más que en forma de destellos, y porque no alcanzaba a atraparlos y porque amanecí temiéndola, lo primero que se presentó ante mí al abrir los ojos fue una incontrolable urgencia por ver a Sylvia otra vez. ¿Qué cara tenía, ahora? ¿Qué vestido iba a tener puesto, ella que dependía tanto de su ropa, y una *echarpe* anudada de cierta manera podía hacerla cambiar entera, no sólo físicamente, sino por dentro, como persona? ¿No habría posibilidad otra vez de...? Examinando lo que por ella sentí, llegué rápidamente a la conclusión de que la deseaba, de que sin duda hubiera querido continuar mi «aventura» con Sylvia; pero más urgente que eso, o quizá lo que le daba fuerza y forma a esa urgencia, era la necesidad de borrarle la cara con *Vanishing Cream* y entregarme al gozo de pintársela y maquillársela de nuevo. ¡Ah, no! Que esta vez no se figurara que iba a seguir banales modelos presentados en las revistas de moda, no, eso no. Esta vez me iba a adueñar yo mismo del estuche de maquillaje y de su infinita colección de potingues, y le iba a inventar un rostro... en fin, no uno sino muchos, varios, tiernos, audaces, enigmáticos y exóticos -eran los adjetivos que usaban las revistas de mujeres y las propagandas de los productos de belleza-, según lo que me complaciera más en el momento, dando rienda suelta a toda mi creatividad plástica que, decididamente, en los últimos tiempos había estado dando bastantes malos resultados.

A la hora del desayuno le dije a Magdalena que me gustaría «hacer algo» ese sábado por la noche. Y agregué como quien insinúa algo sin importancia:

-No sé, con alguien divertido... Ramón y Sylvia, por ejemplo...

-Se fueron a pasar el fin de semana a la urbanización, con unos americanos que iban a comprar media docena de casas según me dijo Sylvia...

-Eso se va a poner insoportable, entonces.

-A mí también me gustaría salir esta noche con Sylvia, pero se fueron...

-Lástima.

Y agregó pensativamente, sin haberme oído:

-...pero quizá pueda comunicarme con ella...

No me gustó su manera de decir la palabra «comunicarme», que presagiaba no teléfonos ni telegramas, sino siniestros medios extrasensoriales. Dije:

-No. No los molestes. Acuérdate de los americanos y de la media docena de casas.

No me contestó y dejamos el asunto. Sin embargo, al regresar del despacho ese sábado en la tarde, decidimos de mutuo acuerdo salir de todas maneras a cenar, y luego a recorrer algunos sitios nocturnos. Barajamos los nombres de algunas parejas amigas -Marta y Roberto, que hubieran sido nuestros acompañantes más naturales, habían desaparecido misteriosamente sin que nadie contestara el teléfono en su piso nuevo desde hacía un par de días-, pero tanto a Magdalena como a mí todas nos parecieron insulsas y nos vestimos con desgano. Claro: ambos queríamos

Librodot

que fuera Sylvia y sólo Sylvia nuestra acompañante. En este estado de cosas sólo ella era capaz de darle excitación a esta noche de sábado burguesa, casi seguramente aburrida, con los sitios llenos de parejas legalmente constituidas que se han puesto de acuerdo para salir juntos con otras parejas igualmente constituidas en forma legal y que se visten para ello... no, sólo gente de los alrededores de la ciudad, gente anónima, nadie excitante y distinto y en los sitios atestados, en suma, no habría «nadie» porque la gente que no era «nadie» estaba seguramente de *week-end* en la costa, en el campo, en la montaña, en los pueblos, pero ciertamente no se habría vestido para salir un sábado en la noche a los sitios de siempre, que hoy, sin duda, carecerían de la luz que sólo cierta «gente conocida» -aunque uno no la conozca personalmente- puede darles.

A pesar de todo decidimos hacer un esfuerzo y salir. Vi a Magdalena sentada frente al espejo de su *coiffeuse,* examinándose la cara y con un pote de *Vanishing Cream* en la mano para borrarla, quizá completamente: de pronto tuve terror de que al limpiar el maquillaje con ese algodón untado en crema quedara sólo una estructura blanca, fetal, ovoide, igual que la cara de Sylvia. Y tendido en la cama hojeando a Jung mientras mi mujer se preparaba -la idea de tener que leer a Hesse otra vez, a estas alturas, que era lo que todo el mundo estaba haciendo, simplemente me postraba-, miré a Magdalena con el rabillo del ojo y el corazón latiendo de miedo y esperanza, vigilando para ver qué iba a salir de debajo de esa máscara de crema que se estaba quitando con un nuevo algodón... incluso se había puesto una toalla blanca a modo de servilleta alrededor del cuello como para recoger las migajas de aquello que se iba a desintegrar. Pero no: sufrí una desilusión que me hizo despreciarla al ver que al limpiar toda la crema quedaron sus cotidianas facciones, con su estructura ósea real, no fingida por las distintas capas de crema y combinaciones de tonos de maquillaje, con su bella y gran nariz, con las pequeñas imperfecciones familiares de su cutis -la venita demasiado roja junto a la nariz, la marca demasiado grande de la varicela entre las cejas, ciertas arrugas que sólo le daban carácter a su rostro, sin avejentarlo aún- que enternecedoramente yo conocía de memoria, con su boca caliente, tridimensional que se resolvía en algo irremediablemente irónico en las comisuras... incambiables. Sí. ¿Por qué no confesarlo? Irremediables. Y, sin embargo, en la atmósfera caliente del dormitorio, sumido en la intimidad de la hora de espera entre acontecimientos de importancia que marcarían el día y lo harían digno de recordar, ese *irremediablemente* se trocó casi al instante en *afortunadamente,* porque Magdalena no podía ser, como Sylvia, cualquier persona, no podía tener cualquier rostro; el suyo era fijo, eterno, no una máscara cambiable, no una muñeca que si se rompía se podía suplantar por otra, que si aburría se podía desarmar y guardar en un cajón. El acceso de agradecimiento de que Magdalena fuera así me hizo olvidar mi triste carencia, y dejé el libro, y me acerqué a ella por detrás del taburete de la *coiffeuse y* la abracé. Ella dejó caer su cabeza apoyándola en mi bragueta, con todo su pesado pelo reunido en un abultado moño en la nuca para no ensuciarlo mientras se maquillaba, y me restregó. Pensé: por suerte la blandura del gran moño, por suerte, porque no hubiera sentido nada, ahora no hay nada que sentir... y retirándome un poco me incliné para besarle la frente diciéndole, sin pensarlo:

-Después...

Ella alzó su mano para acariciar mi barba.

-Habías estado un poco... no sé, estos días...

-Sí, chafado, tú ves, sin ganas de nada...

Y entonces, para defenderme, agregué:

-Todavía.

-Entonces, mejor no salir esta noche...

Aterrado, insistí:

-No, sí, sí...

La decisión de quedarnos significaría, después de esta escena, su prolongación, y aunque la prolongación no llegara a su final -siempre podía pretextar, por ejemplo, diarreas, para lo que podía ir preparándole el ánimo mediante ciertas insinuaciones, y esta dolencia que podía presentarse de manera repentina acababa siempre por matar cualquier intento de amor-, me exponía a que Magdalena me descubriera: mi «pecado», mi carencia, mi aventura con Sylvia, mi imposibilidad... no, era necesario salir al instante. Dije:

-Sigues depilándote las cejas...

-Sí. Se usa.

-No me gustan tan pálidas.

-Toma este lápiz, entonces...

-¿Para qué?

-Oscurécemelas.

-¿Cómo? No sé...

-Como tú quieras, eres pintor.

Y arrodillándome junto a Magdalena, que cerró los ojos, tracé con mano segura dos arcos perfectos sobre ellos. Le dije que no mirara ni abriera los párpados, y como con una especie de entusiasmo febril, de compulsión que iba guiándome la mano e inspirándome, tomé el resto del maquillaje y azulé sus párpados, combiné tonalidades de cremas, polvos y tintes sobre sus mejillas, su nariz, su frente, sus pómulos, su mandíbula, realcé con sombras como de humo las cuencas de sus ojos, tracé finas líneas al borde de sus párpados, delineé con un cuidado meticulosísimo y después de habérselas encrespado con una maquinita especial que no había visto jamás entre sus posesiones, le fui oscureciendo una a una las pestañas, como las pestañas de la Betty Boop de nuestra infancia. Magdalena se dejaba, sin abrir los ojos, sin mover los labios, y yo, arrastrado por la inspiración, seguía combinando colores, un poco más oscuro el labio de arriba que el de abajo, un matiz más oscuro de polvos en los costados de la cara para disimular un poco y atemperar su anchura quizás excesiva, iba inventando espontáneamente, iba improvisando con la seguridad de quien no ha sido otra rosa en su vida que maquillador, en este *Ersatz* del amor. Por fin dije:

-Vale.

Y Magdalena abrió los ojos. Exclamó:

-¿Cómo pudiste...?

Estaba encantada.

-¿Cómo pude qué?

-¡Eres una maravilla! Estoy igual a Sylvia.

-No... no...

No... o sí. Pero no había sido mi intención, porque Sylvia con sus mil rostros debía seguir siendo Sylvia, y Magdalena era Magdalena, única, inconmovible. Los dos miramos en silencio, escudriñando fijamente en el espejo el nuevo rostro de Magdalena: sí, era como si hubiera conservado intactas todas sus facciones y sobre ellas hubieran colocado la máscara de Sylvia, que se fundía con las suyas. Era un juego, mascarada, máscara... y

Librodot

recordé cuando nos disfrazábamos en los altillos de las casas de campo de mi niñez: metíamos toda la cabeza dentro de una media de seda transparente que conservaba nuestras facciones individuales disimulándolas, pintábamos otras caras, la cara feroz del malo, la cara blanca y pudibunda de la princesa, la narizota feroz de la bruja, las arrugas de la anciana, los bigotes y las barbas del patriarca, guardando, sin embargo, nuestras características facciones bajo los rostros pintados en la falsa carne transparente de la media de seda. Así con Magdalena ahora, que no era Magdalena sino una mutación del rostro de Sylvia, y Sylvia, a su vez, era todas las variaciones posibles del rostro ovoide de Sylvia; que a su vez era todas las variaciones posibles de los mitológicos rostros que aparecían en las revistas de moda y en los anuncios de los periódicos, que a su vez eran las infinitas variaciones del rostro propuesto por algún creador de maquillajes en combinación con un fabricante, que lo crearía quizá recordando algún rostro de su niñez, o entrevisto en un viaje o un sueño, o estudiado meticulosamente en el lienzo de un cuadro cuyo pintor lo había creado recordando... etc.. etc.. etcétera... En todo caso, sentí, al ver a Magdalena adquirir la máscara de Sylvia bajo mis manos, que su rostro, ahora, era ese eco mágico de tantos y tantos rostros y cuadros y máscaras, que quizá por eso tenía Sylvia el poder que tenía y al adquirir Magdalena su rostro compartiría esos poderes, sí, sí... al ser «creada» por mí, ahora, en la intimidad de nuestro dormitorio de matrimonio bien avenido durante tantos años, quizá Magdalena había adquirido los poderes mágicos para devolverme lo que Sylvia me había quitado.

En el BISTROT, Paolo agitó sus manos para saludarnos desde el otro extremo -para saludar a Magdalena, en realidad: yo no existía, no era más que el maquillador de Magdalena- y se acercó a nuestra mesa y se sentó:

-¡Mujer DI-VI-NA! ¿Qué te has hecho? Pareces una ilustración de *Blanco y Negro* en el tiempo de don Alfonso XIII, no sé, como Gaby Deslys o Cleo de Merode, algo terriblemente anticuado, sí, f*ané* incluso, como si uno pudiera comprarte en los Encants... vamos, en el Marché aux Puces, porque te voy a decir que los Encants ya no son lo que eran y hace SIGLOS que no voy y que nadie va: sale más barato tomar el avión a París, ida y vuelta en un día, y las cosas te salen igual de precio. ¿Los Roig? Ay, no me hables de los Roig. No quiero saber nunca más nada de ellos...

-Pero, ¿por qué?

-¿Sabes lo que hicieron anoche en mi piso nuevo? ¿No sabías que redecoré todo mi piso? Ah, sí, guapa, me harté con la cosa Bauhaus, tan sencillo, tanto cojín. Hice un acto de contrición y un examen de conciencia como me enseñaron los Escolapios de Tortosa, donde me eduqué, y me dije: a ver, Pablo Rojo, más conocido por su *nom de guerre,* Paolo Rosso: ¿es verdad que te gusta *tanto* la sencillez? Y qué quieres que te diga, tuve que confesarme que NO, NO, NO, que mi corazoncito estaba con los Luises de Francia y que siempre lo había estado, de modo que en un mes lo cambié todo y ahora hasta el lavabo tiene patas *cabriolé,* sí, sí, lo cambié todo en un mes. Tengo mucha valentía moral y no tolero vivir la mentira una vez que la descubro. Puritano. Eso es lo que en el fondo soy... Anoche fue la *crémaillere.* ¡UN ESPANTO! Estaba todo el mundo, creo que había como cinco personas a quienes yo conocía. Amor, no te invité porque creí que estabas en el campo, en fin, no sé, me olvidé y con la confusión se me perdió tu teléfono... a cualquiera le pasa... En fin, después te explico, para qué vamos a discutir eso cuando te quiero contar algo para que veas *qué clase de gente son los famosos* ROIG. Figúrate que de pronto, en medio del gentío,

veo que Raimunda y Ricardo están peleando, lo que, claro, pasa todos los días de Dios y en todas partes, y creo que la fama de la Tortillería se ha hecho a base de las peleas escandalosas de esos dos, y para una fiesta yo diría que resultan tónicas las peleas de Ricardo y Raimunda. Pero esta vez vi que Ricardo estaba a punto de quebrar sobre la cabeza de Raimunda una sillita Louis Quinze de época, sí, guapa, figúrate, DE É-PO-CA...

-¡Qué horror! ¿Y qué hiciste?

-Corrí a salvarla.

-¡Pobre Raimunda!

-No, no a Raimunda. *J'ai atroché la chaise Louis Quinze d'époque a son mari, et je lui ai mis dans ses mains une autre chaise, Louis Quinze aussi, mais pas d'époque...*

Reímos mientras continuaba:

-...no me vengan a decir que los Roig tienen personalidad. Nadie tiene personalidad ahora, supongo que no se usa... salvo tú, guapa, que pareces una ilustración de Beardsley, uno de esos san Juan Bautistas con tantísimo pelo, ¿sabes?, que uno nunca sabe si son hombres o mujeres... y la maravilla es que te resulta, a pesar de que ahora no se usa nada de pelo. Hay que ser calva. Sí, monda y lironda. Lo que te quiero decir es que estoy *harto* con todos ellos, me he hecho amigo de unos rumanos monárquicos fabulosos que son muchísimo más entretenidos que los Roig y *verdaderamente* inmorales bajo el recuerdo de tanto uniforme y entorchado que jamás conocieron... No, los Roig son imposibles, la consigna ahora es que las casas parezcan consultorios de dentista, o fondas de campo, con muebles de obra y posters en la muralla, y yo no voy a dejar que Ricardo y Raimunda me deshagan la casa cada vez que los convido...

Paolo había bebido mucho, y poco a poco su brillo inicial se fue opacando hasta quedar convertido en una incoherente protesta contra la maldad del mundo, de los Roig, de todos en general, y se le trababa la lengua al expresar su convicción de que el único sitio para vivir era París, sí, justamente por lo pasado de moda, ésa era la maravilla, y decidió que la semana siguiente se iría para siempre. De pronto, desde el fondo de su borrachera, se quedó mirando fijamente a Magdalena, y emergió con la pregunta:

-¿Sabes a quién estás idéntica esta noche?

-¿A quién?

-A Sylvia.

-¡No...!

-Te juro.

-Pero si ella es flaca... y no tiene pelo...

-Igual.

Pagué y salimos. Pero al abrir la puerta nos encontramos con un tumulto de gente que venía entrando, los Roig -nos gritaron que no faltáramos a su casa la noche siguiente-, el editor de las barbas y los ojos azules, Kaethe con su cámara y su *bassety* el boxeador-poeta cuyo libro, por fin, no publicarían los Roig ni nadie, seguidos por Ramón y Sylvia. Este encuentro tuvo lugar en la doble puerta de entrada del BISTROT, con las capas enredadas, las bufandas volando, ellos con urgencia por entrar porque estaba corriendo un viento de nieve, yo con prisa por salir no sabía por qué, quizá porque me dio rabia que Sylvia y Ramón hubieran dicho que se iban fuera por el fin de semana y me los encontraba aquí... sí, sí, salir sin enredarnos. Pero Sylvia llamó a Magdalena, que entró con ella y se quedaron

hablando un rato y yo me quedé helándome afuera esperando que terminaran de murmurar, y por los vidrios empañados vi cómo Paolo abrazaba y besaba a Raimunda y Ricardo, y éste le daba una palmada en las nalgas, y todo el mundo se besaba y lo besaba y lo llevaban con ellos hacia una mesa larguísima que no tardó en organizarse mientras Paolo les hacía mimos al *bassety* al boxeador de Kaethe. Después de un rato salió Magdalena y le pregunté:

-¿Qué te decía Sylvia?

-Nada.

-¿Cómo nada?

-Que mañana nos encontraríamos en casa de los Roig.

-¿Y no te explicó por qué dijeron que se iban fuera este fin de semana, y nos encontramos con ellos aquí y no dan ni siquiera una explicación...?

-No dijo nada... quizá mañana.

-No sé si tengo ganas de ir mañana donde los Roig.

-Amor... estás de mal humor.

-No soporto a esta infame turba.

-Son divertidos.

-Tú siempre de parte de ellos.

-¡Qué frío hace! Este viento...

-No te importa nada lo que te digo.

-Busca un taxi, amor, estoy petrificada.

Yo vi por dónde debía avanzar mi estrategia: pelearnos, sí, de modo que llegáramos a la casa y al lecho furiosos y divididos, lo que me daría una noche más de aplazamiento. No valía la pena emborracharme como me propuse hacerlo. En cambio una pelea siempre era práctica en este sentido, quizás aplazaría mi encuentro con Magdalena por un par de días si lograba azuzar durante ese tiempo mi rencor, un par de días hasta que... ¿hasta qué? No sabía nada, nada, sólo que estaba nervioso, culpable como un marido adúltero, y que era más humillante porque justamente un marido adúltero era lo que yo era y estaba odiando a Magdalena -no a Sylvia- porque podía descubrirlo y quizás hasta perdonarlo. Odiándola, sobre todo, porque quizá Sylvia ya se lo había dicho y lo sabía. Por eso era necesario que yo me peleara con ella, no ella conmigo.

-Tú siempre estás de parte de ellos porque eres una *snob. Y* ahora estás íntima de Sylvia... ¿Por qué no te casaste con Monsante, que tanto te rondaba y es músico, y eso, quizá, te hubiera dado una carta de ciudadanía en este grupo de gente que encuentras tan divertida? ¿Tú crees que es un espectáculo muy bonito ver a una mujer de tu edad haciendo el ridículo como esa vez que vimos a Montserrat Ventura, te acuerdas, bailando con un marinero negro en el Jazz Colón? Te apuesto a que ahora estás muriéndote de ganas de ir a bailar al Jazz Colón. ¿Y te acuerdas de cuando Paolo llevaba y traía mensajes de amor entre tú y Ricardo Roig, cuando recién lo conocimos?

-Qué absurdo que te acuerdes de eso ahora...

-No me vengas con cuentos. Eso es lo que te gusta. Debías haber sido amante de Ricardo. Yo lo hubiera comprendido, como me veo obligado a comprender tantas cosas en ti... Taxi... taxi... corre. ¿No te apetece ir a bailar al Jazz Colón y hacer un poco de turismo por el Barrio Chino, como provincianos en busca de emociones violentas para contar cuando vuelven a la provincia?

-Sabes que detesto esas cosas.

Librodot

-Hoy es sábado en la noche, ideal para esas excursiones: *Barcelona by Night...*

-No.

-¿Dónde quieres ir, entonces?

-Contigo, a ninguna parte, porque estás muy pesado.

-¿Quieres que le diga al taxista que vuelva al BISTROT a ver si consigues plan? ¿El boxeador de Kaethe, por ejemplo?

-No seas estúpido. Vamos a casa.

Le di nuestra dirección al taxista y no hablamos en todo el trayecto. Magdalena bajó primero y entró corriendo y subió en el ascensor sola. Sin duda a propósito dejó abierta la puerta del ascensor en nuestro piso, para que de ese modo el ascensor no bajara a mi llamada, y odiando a Magdalena y maldiciéndola, subí acezando y lentamente los siete pisos. Cuando llegué a nuestro dormitorio con la intención de llevar mi pijama a otra habitación y dormir solo y con una terrible sensación de que jamás iba a recobrar aquello que Sylvia me había quitado -*adultery doesn't pay,* como decían en las películas del tiempo de Kay Francis, a quien, en última instancia, Magdalena se parecía-, encontré que Magdalena estaba en cama, con el antifaz puesto, durmiendo y con la luz apagada a su lado de la cama. Respiraba honda y regularmente. Sobre la mesita de noche, abierta, la cajita de Mogadon: calculé que había tomado dos. También vi una botella de coñac y un vaso: era evidente que había tomado más de un buen trago. Dormía como drogada, como bajo cloroformo, algo que a veces solía hacer cuando estaba cansada o cuando tenía la idea de que por alguna razón yo ya no la quería y que nuestra vida era una mentira o un fracaso y no quería enfrentarse con eso ni con nada esa noche:

-*I 'll think about it tomorrow, in Tara.*

Hacía suyo el lema de Scarlett O'Hara, y a mí me daba no sólo rabia, sino miedo y asco y me repugnaba y solía pasar días sin hablarle cuando esto sucedía. Ahora, sin embargo, Scarlett O'Hara me había salvado: me acosté en paz.

A la mañana siguiente, al traerme el desayuno, la señora Presen me explicó la ausencia de Magdalena diciendo que se había ido a pasar la mañana en el zoológico con los niños y que a mediodía iría con ellos a comer a casa de su madre. Ella, la señora Presen, me prepararía cualquier cosa para comer. ¿Una tortilla? ¿Unos calamares? Que le dijera lo que quería... ¿O prefería salir a comer a la calle, a un buen restorán? Claro que los restoranes, los domingos...

-Una tortilla.

-¿De tres huevos?

-De tres huevos.

Quería decir, entonces, que tenía todo el día para mí, tranquilo, lo que no estaba seguro si sería o no bueno, ya que en mi situación no podía hacer otra cosa que cavilar sin tomar determinaciones de ninguna clase. Me levanté en pantuflas y bata y miré por la ventana: vengativamente pensé que el sol de hoy no calentaba nada, aunque ella se hubiera llevado los niños al zoológico, y quizás hasta atraparan un catarro, lo que le serviría de lección. ¿Lección de qué? En fin, no importaba...

Lo que importaba era Sylvia. En ella residía la clave de todo. ¿Por qué había hablado tanto de su «afinidad» con Magdalena esa noche en la urbanización, y por qué Ramón, repentinamente tan raro y agresivo a raíz de esta actitud suya, nos había abandonado solos a los dos? ¿O Sylvia lo había

despachado para quedarse sola conmigo y seducirme? No. La atención de Sylvia, en ningún momento de esa noche, ni en ninguna ocasión en que nos encontramos, se enfocó jamás sobre mí, sino sobre Magdalena. Siempre sospeché ciertas tendencias lesbianas en Sylvia... pero Magdalena, claro, Sylvia se tiene que haber dado cuenta de que las cosas en ese sentido eran imposibles con ella... aunque a todo el mundo, confiéselo o no, le halaga hasta cierto punto la admiración homosexual, siempre que no pase de admiración y que la persona no sea, bueno, cualquier persona: sí, el caso era muchísimo más corriente entre las mujeres que en los hombres -estás divina, ese vestido te queda de maravilla, los besitos, las llamadas por teléfono, las misteriosas citas a la hora de almorzar, los abrazos, las caricias, todo era tan natural, pero tan sospechoso si uno lo miraba bien-, y en el caso de Magdalena y Sylvia bien se podía tratar de eso, de un entusiasmo mutuo, digamos, en que se mezclara cierto ingrediente lésbico. Pero no. De alguna manera el objeto de esa... ¿cómo llamarla?, ¿confabulación?, ¿amistad?, ¿intriga?... era, sin duda, yo: la salida a tomar el café juntas, el chuchoteo en el BISTROT a raíz de nuestro encuentro sorpresivo -¿y no era posible que Ramón hubiera realmente dispuesto irse con Sylvia ese fin de semana, como nos dijeron, y que por sus artes y para «encontrarse» con Magdalena lo obligó a quedarse en la ciudad por fin... y «encontrarnos» en el restorán que, ahora recordé, Magdalena sugirió? Sí... una confabulación...

Pero ¿por qué temerla? ¿Y si yo me confabulara con Ramón? Estaba seguro de que Ramón aceptaría... incluso, quizá, con ese fin me había estado llamando tanto por teléfono. Unirme contra ellas con Ramón. Una idea brillante que inmediatamente me puso de buen humor: si ellas se habían dado cita esta noche en casa de los Roig, Ramón y yo aprovecharíamos sus manejos para hacer un frente común para... ¿para qué? ¿Doblegarlas? ¿Desarmarlas? Sí, sí, desarmarlas no en el sentido de quitarles sus armas, sino de desmontarlas como a Sylvia. A Magdalena también. La idea era brillante.

Mientras me bañaba, en la ducha entoné CHATANOOGA CHOOCHOO, gozosamente, canción que yo sentía, como Swann la sonata de Vinteuil, como el «himno nacional» de nuestra amistad con Ramón y Sylvia. Al enjabonarme, sin embargo, tuve que volver a la realidad: mi sexo no estaba, y en la espuma del vello púbico no encontré nada más que una especie de simple broche de presión. Desmontado. No, Sylvia no era bruja ni había hecho desaparecer mi virilidad por medio de ungüentos mágicos. Sí, en venganza, simplemente me había desmontado el sexo, desprendiéndomelo de este brochecito de presión. Mientras me secaba, una gran ira de ser yo un muñeco en las manos de las mujeres me hizo restregarme la piel con tanta energía que mi carne quedó rojiza: usarnos, sí, eso es lo que quieren, y para eso el gran acto de la sumisión, y cuando uno se somete o es seducido lo primero que hacen es desmontarle la virilidad, como en el caso de Sylvia esa noche en la urbanización. Que Magdalena tuviera cuidado, mucho cuidado, porque si Sylvia era desmontada por Ramón, él podía enseñarme el truco, y entonces a ver qué quedaría de sus tardes íntimas con Paolo, de sus cafés en el centro con Sylvia, de sus conversaciones telefónicas de mañanas enteras con Marta, de... tantas cosas. Sí, ahora me ponía ya en posición de batalla: cuando Magdalena llegara sería como si nada hubiera sucedido. Estaría dulce, quizás un poco contrito para así, sin que ella se diera cuenta, arreglar las cosas de modo que no dejáramos de asistir esta noche a casa de los Roig.

Me dirigí al armario para sacar mi traje de terciopelo verde. Sí, recién llegado de la tintorería. Perfecto. Y lo coloqué sobre la poltrona del

dormitorio. ¿Camisa verde claro? No. Demasiado obvio. ¿Blanca? ¿Beige? Saqué varias para elegir, y algunas corbatas para barajar combinaciones posibles: no, ahora no podía decidirlo. Mejor más tarde. Y mientras tanto me fui al living para leer *El juego de los abalorios,* pensando todo el tiempo que ahora no iba a necesitar del doctor Monclús para nada porque les iba a ganar su batalla. En realidad, decidí, el doctor Monclús no era más que un mistificador que se aprovechaba de la ignorancia de los snobs para hacerse rico a costa de ellos... no, yo no estaba para que me tomara por tonto.

Cuando más tarde sentí entrar a Magdalena, le grité alegremente:

-¡Hola!

Ella no contestó. ¿No era claro que no quería facilitar las cosas para que así yo me sometiera? No importaba. Esperar un poco. La sentí entrar en el dormitorio y encender la luz. Exclamó:

-¿Y esto?

-¿Qué?

-Tu traje verde y tantas camisas y corbatas.

-¿No vamos a ir donde Ricardo y Raimunda esta noche?

-Creí que los despreciabas.

Dejé el libro, me dirigí a nuestra habitación y, atacándola -por decirlo así- de frente, la abracé y la besé, teniendo buen cuidado de no apretar mi cuerpo al de ella. Dije:

-Las copas se me deben haber subido a la cabeza anoche.

-Estabas muy pesado.

Entonces me humillé, que era lo que ella quería:

-Celos, Magdalena.

Ella rió en mis brazos, contenta:

-Pero, ¿de quién?

-No sé, de todo el mundo, de Paolo, de Ramón, de Ricardo, de Raimunda, de Sylvia... de todos...

-¡De Sylvia! Francamente...

-Todos, todos te adoran a ti, y a mí me toleran simplemente porque soy un apéndice tuyo, nada más... eso lo sabes...

Esto terminó de fundirla mientras protestaba que yo bien sabía que no era así, que mi ingenio, que mi talento de pintor que mi... tantas cosas, que no fuera tontito, y nos abrazamos, ella aceptándome y queriéndome entero. Pero yo, frío en la comedia, duro en mi propósito, sabía que esa noche, a través de esta mujer que creía mi comedia, iba a recuperar lo que Sylvia y ella me habían quitado, y aprendiendo de Ramón el secreto de cómo se desmonta a la mujer legítima -legal o fuera de las leyes, en nuestro mundo la legitimidad de la pareja dependía de cosas más fundamentales-, yo desmontaría a la mía y así, guardándola cuando quisiera, podría usar mi virilidad a mi antojo con cualquiera de los miles de maquillajes que esconden a mujeres maravillosamente descartables o, por último, guardaría mi virilidad y no la usaría para nada. Ella quiso apegarse a mí, pero me retiré maliciosamente diciendo que ahora no, que al regreso. Ella dijo, casi como un ruego:

-Dejé a Pepe y a Luis en casa de mi mamá a pasar la noche. Sabes qué fiesta es para ellos dormir allá y ella los llevará al colegio mañana por la mañana...

Pero yo me mantuve implacablemente inocente:

-¿Lo pasaron bien?

La mirada de Magdalena se endureció. Yo estaba sentado en la

banqueta de la *coiffeuse,* ahora con la mirada también dura, porque la pregunta de cajón era: si los dejaste a pasar la noche allá, ¿es que sabías que de todas maneras conseguirías ir a casa de los Roig esta noche? Sí: no lo niegues, tienes cita con Sylvia allá. Pero no dije ni pregunté nada. Desde el cuarto de aseo Magdalena me preguntó:

-¿Quieres que te haga un buen masaje en la cabeza, ahora que tenemos tiempo? Para que se te pase bien la resaca de anoche. Después de todo lo que bebiste debes estar...

Como me gustaban mucho los masajes de Magdalena, accedí. Me tendí en la cama y ella trajo del baño toallas, cepillos, peines, tijeras, navajas, cremas, colonias. Dejó toda la batería en el velador y me dijo:

-Bueno, cierra los ojos, mi amor, para que hagas un poquito de relax... respira hondo... así, así... te quito las gafas...

Y sentí la descarga eléctrica del primer tacto levísimo de sus dedos acariciándome la frente y los ojos y después sus manos recorriéndome los párpados, las mejillas, mi bigote, mi barba, sus manos en mi nuca, sus dedos metidos bajo mi pelo y bajando de nuevo hasta la nuca, el cuello y los hombros, y deshaciendo rigideces y nudos, luego el rápido y diestro frotamiento del cuero cabelludo que hizo que toda mi cabeza se repletara de sangre nueva y picante -cuánto pelo tienes, mi amor, qué delicia, qué suerte a tu edad tener tanto pelo, es delicioso meter las manos debajo de tu pelo y es una suerte que ahora se use el pelo un poco más largo que antes y puedas lucirlo, es un placer hacerte masaje. Cierra los ojos, no, no los abras, no los abras más; descansa bien, relájate, te acaricio los párpados, los párpados, y te voy a recortar un poco los bigotes, los tienes muy largos, y un poco la barba y un poco el pelo, sobre todo recortarlo aquí en la nuca, pero te voy a masajear un poco más la cabeza hasta que sientas el cuero cabelludo como anestesiado; ahora, ahora, ¿ves como no te duelen los tironcitos que te estoy dando en el pelo? Descansa, descansa, no abras los ojos, mis dedos acariciando tus párpados y te voy a poner un *rinse* para que se plateen las pocas canas que tienes... sí, y colonia, sí, y te voy a sacar con mis pinzas estos pelos largos tan feos que tienes entre las cejas y te voy a cortar los pelos negros que te salen de las orejas y de la nariz. Descansa, descansa, no te muevas. No te duele, ¿no? Y las uñas también te las cortaré, dedo por dedo, una mano y después otra y mis dedos anestesiándote entero con mis caricias, ya sientes con mis masajes como si no tuvieras cabeza, como si no tuvieras manos, como si te las hubiera ido desmontando cuidadosamente falange por falange, y junto con tu pelo y con tus ojos descansados que ya no puedes abrir, y con tu nariz y tus orejas recortadas lo voy guardando todo en este maletín, junto con tu traje de terciopelo verde, tus zapatos, tus calcetines y todos los detalles de tu vestimenta para esta noche; y mira, ahora te abro y te quito la bata; pero, claro, no puedes mirar, y te hago ejercicios para que relajes tus brazos, más y más, suéltalos bien, que así descansarás, mi amor, suéltalos bien, que ahora los pliego y los guardo, y ahora las piernas...

Magdalena era cuidadosa y ordenada y uno de los artes más extraordinarios que poseía era el de hacer maletas: plegó tan bien cada pieza de su marido, que todo cupo perfectamente en un maletín bastante pequeño. Una vez que lo cerró, lo dejó encima de la cama y comenzó a vestirse lenta, cuidadosamente: el rostro casi sin maquillaje, dejando al descubierto toda la pureza un poco salvaje de sus facciones tan pronunciadas, apenas un poco de rojo en los labios, nada más, y al contemplarse en el espejo sintió orgullo de poder ser tan ella -tan poco Cleo de Merode ni Gaby Deslys, tan poco a la

moda, tan poco *camp,* tan poco Andrews Sisters-, más allá del maquillaje inexistente y de peinados complicados, y sin más vestido que uno sencillísimo, negro, de lana y con escote en punta. Inconfundiblemente ella. Inconfundiblemente Magdalena, aunque gente como Paolo y Kaethe quisieran mixtificar. Quedó satisfecha. Miró su reloj y buscó su cartera de raso negro... la palpó... no estaba adentro: un instante de pánico, no estaba, dónde lo habría dejado, ese paquetito tan importante que Sylvia le había devuelto... quizás Anselmo tenía razón y *era* desordenada, en el armario, en la cocina, en el cajón de la mesa del teléfono... sí: allí estaba. ¡Si Anselmo lo hubiera encontrado! Se puso sus pieles, puso su cartera ahora rellena y caliente debajo del brazo y tomó el maletín. En el vestíbulo llamó a Sylvia por teléfono y le dijo que iba saliendo. Se encontrarían dentro de veinte minutos en la portería del edificio de los Roig. Tomó un taxi y dejó el maletín en el asiento del lado: era pequeño y el taxista no protestó. Puso una mano sobre él, afectuosamente, como para protegerlo del peligro de haber tenido que ir encerrado en el guardamaletas del taxi, y sintió el corazón de su marido latiendo. Miró el cuello del chófer. Sí. Desarmable también. Ella sabía exactamente cómo hacerlo. Llegaba un momento en la vida cuando los matrimonios alcanzan su equilibrio, en que todas las mujeres aprenden a desmontar a sus maridos: desgarrar las orejas, desarmar y enrollar como una alfombra todo el cuero cabelludo. Sí. A veces no era necesario -así le dijo Sylvia, a quien debía toda esta experiencia; y se lo diría a Marta para que de una vez por todas se estabilizara su enredado matrimonio con Roberto... mañana la llamaría para salir a almorzar con ella- volver a armar al hombre inmediatamente, sino que se podía guardar las piezas en bolsas, en paquetes disimulados en la parte de atrás de un armario, por ejemplo arriba, donde se guardan los adornos del árbol para la Navidad del año siguiente, y donde a nadie se le ocurriría buscar... pero de allí, cuando quisiera soñar a un hombre perfecto que no fuera exactamente como el suyo, sacaría las piezas para rearmarlas un instante configurando otro ideal, otro antojo. ¡Qué tontos eran los hombres que creían que porque ellos «mandaban», porque ellos «trabajaban», ellas carecían de todo poder! Ingenuos. Sí, ellos se iban de viaje, es verdad, pero quizá menos frecuentemente que lo que la gente creía, porque muchas veces que los demás creían que Anselmo se fue a un congreso en Amsterdam, que Roberto se fue a dar una conferencia en Londres, que Ricardo se iba a hacer un viaje por USA a estudiar las casas de Frank Lloyd Wright, no era que se iban. Y no siempre los vendedores partían, sino que en esas ocasiones las mujeres los desarmaban y los plegaban para descansar de ellos... sí, sí: ellas almorzaban y tomaban copas juntas y hacían dietas en institutos de belleza y se pasaban las horas perdidas en las boutiques o donde las modistas y buscando unos botones más o menos originales que armonizaran con el *tweed* Chanel nuevo que se habían comprado para el otoño, horas y horas juntas. Pero, ¿eran tontos los hombres? ¿De qué creían que hablaban? ¿Del *tweed,* de los botones?

¡Que no fueran tontos! Que tuvieran cuidado, porque en esos cafés donde a la hora en que los hombres trabajan se reúnen las mujeres a fumar y charlar y pasar la mañana, lo que hacen es otra cosa, pasarse la sabiduría unas a otras como Magdalena le transmitiría mañana a Marta la sabiduría que le transmitió Sylvia; era intrigar, envolver, perfeccionar sus artes en ese fondo de sabiduría común que proporcionaba la chismografía de ingenua o sosa apariencia.

Librodot

Magdalena ahora, en el taxi, llevaba las piezas de su marido muy bien ordenadas en el maletín. Cuando lo armara de nuevo él ni se daría cuenta de que estuvo desmontado -recordaría todo este viaje como si hubiera venido sentado a su lado, tal como otros maridos que «viajan» recuerdan irreales viajes de negocios a Tokio o a La Coruña, a San Francisco o a Bilbao, en que creyeron abandonar ufanos a sus mujeres pero sólo permanecieron unos días desmontados-, y, claro, cuando le obedeciera e hiciera lo que tenía que hacer, entonces, claro, ella le devolvería lo suyo, esa pieza que le faltaba y que los hombres creían que era el centro mismo del universo... ese pequeño paquete que Sylvia le devolvió entre la confusión de capas, pieles y bufandas a la salida del BISTROT porque al fin y al cabo a ella le pertenecía, y si una iba a darse el trabajo de tener un hombre era absurdo tener un hombre incompleto. Magdalena estaba muy excitada con ésta, su primera vez. Sylvia la esperaba en el *palier,* sentada en un banco con su propio maletín al lado, para controlar la primera experiencia de Magdalena y ayudarla en caso de apuro. Le dijo:

-No quise comenzar antes de que llegaras.

-¡Divina tu chilaba, Sylvia!

-Y tú, que te disfrazaste de señora *chic...*

-Sí, negro con perlas verdaderas y todo. Hay que ser original.

-Siempre he dicho que eres una mujer acojonante, con tanto estilo, tanta personalidad. Hay que tener cojones para venir a casa de los Roig con un vestidito negro y una hilera de perlas finas como si fueras mi tía rica. Claro que con tu belleza se pueden hacer esas cosas...

-El verde te queda maravilloso.

-Tengo que comprar zapatos de ante verde que le vayan a este vestido.

-Yo vi unos en una zapatería nueva... por Gracia...

-Me encantaría ir. ¿Vamos mañana?

-¿Mañana? No puedo. Tengo que salir con Marta.

-Pasado, entonces.

Decidieron la hora y que almorzarían juntas. Los zapatos verdes eran muy importantes, pero también lo era cambiar impresiones sobre esta noche. Mientras hablaban habían abierto los maletines, y pieza por pieza, y como sin darle importancia, armaban a sus muñecos. Sylvia dijo:

-Ah, se me olvidaba...

-¿Qué?

-Que creo que el paquete que te di, ¿te acuerdas?, te lo di cambiado... tú tienes el de Ramón y yo el de Anselmo...

Magdalena se encogió de hombros:

-¿Y qué importa?

-A ellos parece que les importa.

-¡Bah! Me parece mucho más divertido que por un tiempo Anselmo se quede con lo de Ramón...

-Y Ramón con lo de Anselmo. ¡Sí, qué divertido! Tienes que reconocer que es cómodo ser mujer: el hecho de que los hombres tengan el sexo de quita y pon facilita mucho la infidelidad. Esa vez en la urbanización, ¿te acuerdas?, cuando yo me quedé con el sexo de tu marido y Ramón se fue furioso...

-¿Por qué se fue?

-Porque cuando se dio cuenta de que yo había reconocido en ti a una mujer de las que entienden a los hombres, como yo, le dio miedo y se puso furioso, y bajó detrás de mí, para dominarme estúpidamente haciendo el

amor. Y yo le quité el sexo y a pesar de que él me desarmó y todo y me borró la cara, yo no se lo entregué... Y cuando volvió después de unos días a armarme, yo le devolví el sexo de tu marido... bastante bueno, te diré. Ha estado muy raro, no sabía por qué, desde entonces, así es que tuve que desarmarlo de nuevo y a ver si aquí podemos combinarlos bien... preferiría que por hoy me devolvieras lo de Ramón... otro día, si quieres, te lo presto... nos ponemos de acuerdo, y nada más fácil...

-Bueno, si tengo tiempo, tú sabes que con los niños una siempre anda pensando en otra cosa, y ahora que hay que preparar la ropa para el invierno... ah. Los zapatos. Esta zapatería de Gracia de que te hablo *hace* zapatos de raso, de terciopelo, de lo que quieras... divinos.

-¿Y es muy cara?

-Mira, el trabajo es tan bueno que a mí no me parece cara. La cabeza lo último... mejor armarlo entero antes de ponerla. ¿No es eso lo que me enseñaste? ¡Ah! ¿Ramón también va a ponerse su traje de pana verde? Van a estar iguales, elegantísimos...

-Sí. Ahora. Pongámosles las cabezas al mismo tiempo...

-¿Ahora?

-Sí, ahora.

Y Ramón y yo estábamos riéndonos porque Magdalena parecía una viuda. O, sugirió Ramón:

-Morticia. ¿Te acuerdas de Charles Addams?

Magdalena, naturalmente, se acordaba de Morticia, pero Sylvia no, y claro, como habíamos tocado el timbre y se oía el alboroto dentro, ya era muy tarde para explicarle quién era Morticia y quién Charles Addams en la época de oro del *Esquire.*

Raimunda abrió la puerta, ataviada con un vestido romántico rosa, todo frunces y volantes, de modo que era casi imposible reconocerla, y su cabeza, hoy minúscula y con el pelo tirante, estaba envuelta en la espuma nacarada del vestido. Todas se encontraron divinas, y nuestros trajes coordinados de terciopelo verde también divinos, y divinas las voces que desde dentro nos llamaban entre los alaridos de la música, arrastrándonos al fragor. Pero antes de entrar, Sylvia y Magdalena le entregaron a Raimunda unos maletines que traían y ella los dejó junto a la entrada con una sonrisa de complicidad.

El centro de la reunión era hoy -y por el momento- el editor de los ojos y las barbas azules. Sentado en el suelo, con la cabeza de la rubia de turno recostada sobre sus piernas, gritaba improperios a un novelista latinoamericano bastante borracho, cuya novela el editor acababa de publicar con gran bombo y como algo supremamente original, pero que la crítica había recibido fríamente. El latinoamericano lo culpaba a él, al editor, de no haber sacado la novela adelante con más publicidad, de haberlo traicionado, de no cumplir sus promesas. La rubia despechugada y como fabricada de prehensible goma-espuma tenía el ceño fruncido de concentración con la profundidad del alegato. Pero en el momento en que el editor postuló el hecho de que la novela del latinoamericano no se vendía porque la novela era un género terminado, el latinoamericano, enorme como una montaña, alzó al minúsculo editor, y la rubia, al caer de sus rodillas, debe haber rebotado como una pelota de goma porque desapareció, y quedaron los dos hombres enfurecidos, con las manos de uno en el cuello del otro, mientras Kaethe fotografiaba y fotografiaba las manos y las caras sudorosas de furia. El latinoamericano gritaba:

Librodot

-¡Porque te conviene que haya terminado!

El editor estaba demasiado borracho para enunciar nada fuera de improperios. Y el latinoamericano, incoherente de ira y de frustración, pero al mismo tiempo halagado porque su violencia estaba polarizando la reunión y pensando que algo podía salir mañana en la prensa, chilló:

-Sí. Te conviene y eres una puta...

Y le asestó un golpe que no dio en el blanco, sino contra un vidrio que, rompiéndose entre los aullidos de las mujeres, le hizo sangrar la mano sobre el cuerpo de nuevo tumbado de la rubia, que el *basset* de Kaethe lamía con evidente deleite de ambos. Había que hacer algo. Ramón se llevó al editor, lloroso y contrito, a la otra habitación para consolarlo, y entre varios echaron al grosero latinoamericano de esa casa adonde, para empezar, nadie lo había invitado. Era necesario hacer algo para borrar el incidente, quitar el frío, y vi que Magdalena me empujaba al medio de la luz y que Sylvia hacía otro tanto con Ramón: algo, un número, algo que entibiara el clima de la reunión y que borrando el desagrado cambiara la dirección de la corriente.

Ramón y yo nos quedamos parados, solos en medio del ruedo, vestidos en forma idéntica, como dos *chorus boys* de las revistas yanquis, de los que acompañan a las bataclanas pero a quienes jamás nadie mira, vestidos con nuestros unánimes trajes de pana verde. No dudamos qué había que hacer. Nos tomamos del brazo, sonreímos, y los dos, hombres maduros, comenzamos a bailar, levantando la pierna paralelamente, haciendo gestos como quien se quita el *cannotier* para saludar, y comenzamos, irrefrenablemente, a cantar:

Pardon me boy,
Is this the Chatanooga Choochoo

Right on track twenty nine?
Please gimme a shine.
I can afford to go To
Chatanooga station
I've got my fare,
And just a trifle to spare...

Seguimos bailando y cantando nuestra canción sin que nadie nos hiciera caso, nadie, porque acababa de entrar un arquitecto diminuto y flaco como un adolescente con acné, flanqueado por cinco ayudantes de su estudio, enormes y musculosos y que bebían sus palabras con el desplante de un dictador con sus guardaespaldas. No, a nadie le interesábamos... sólo a Sylvia y a Magdalena. Mientras cantaba vi sus ojos mirándonos, guiándonos desde un rincón mientras el resto de la gente, incluso el editor tan rápidamente herido como consolado, escuchaba los dictámenes del pequeño arquitecto de la cara cubierta de acné. Magdalena me vigilaba como si temiera que fuera a cometer un error, como si fuera a olvidar las palabras de esta canción jamás aprendida y jamás olvidada, pero que ahora, porque ella me guiaba, yo estaba cantando para complacerla. A pesar de la falta de interés de todos por nuestro número que limitaba el ya escaso espacio vital, ellas, juntas, desde su rincón, miraban, vigilando, hasta que terminamos:

...so Chatanooga Choochoo
Chatanooga Choochoo
Please choochoo me home...

Librodot

La rubia rodaba por el suelo, casi adormecida, poniendo su cabeza en las piernas de quien se la aceptara, hasta que por fin se encontró con la cabeza en las piernas del arquitecto, que daba una larga explicación sobre Le Corbusier y la lamentable pérdida de su sentido de la monumentalidad, y le preguntó a la rubia que seguía sus explicaciones con el ceño fruncido de concentración:

-¿No te parece?

Al ser interpelada, respondió:

-*Sorry, I don't understand a word of Spanish.*

Y estalló en una carcajada tan violenta que cortó todas las conversaciones y desarticuló todos los grupos. Yo estaba perdido en el gentío, tanto, que tuve la curiosa sensación de que me estaba desvaneciendo, que me iba borrando, y el hecho de que Ramón, mi doble, desapareciera tragado por el tumulto de la reunión me dejó como sin mi propia imagen en el espejo para poder comprobar mi muy dudosa existencia. Estaba parado en un rincón, tratando de parecer afable, con las manos cruzadas en la espalda, y solo y sin importancia como Felipe de Edimburgo, cuando reconocí unas manos que tocaban las mías detrás de mí, y unos pechos y un vientre tibios que se me apretaban, y la cabeza de Magdalena y el perfil de Magdalena que avanzaba hasta ponerse por encima de mi hombro junto al mío, y la mejilla de Magdalena, fresca, rozando mi barbuda mejilla. Me besó suavemente.

-¿Sólito?

Asentí con la cabeza.

-¡Pobre!

Le pregunté:

-¿Hice el ridículo?

-No creo que nadie se fijara.

-¿Cómo me acordaría de las palabras de CHATANOOGA CHOOCHOO?

Magdalena sonrió enigmática, como en las películas. Yo no entendía nada, ni a mí mismo, como si todo en mí estuviera desajustado y lacio y la falta de atención de todos me negara la existencia. ¿Por qué, en vez de decirme que nadie se había fijado en mí, no decía unas palabras para animarme, o hacía alguna cosa para darme fuerza? Muy suavemente, Magdalena me dijo:

-Ven.

Me condujo al cuarto de aseo. Cerró con llave. Allí se abalanzó sobre mí y me abrazó y me besó en la boca como hacía tiempo no nos besábamos, con su boca llena, caliente, entreabierta, uniendo sus jugos con los míos y jadeando juntos, y en un instante en que interrumpimos nuestro abrazo para recobrar la fuerza, ella murmuró junto a mi oído:

-Lo hiciste tal como yo quería.

Y como quien otorga un premio volvió a besarme y a apretarse más y más contra mi cuerpo y a acariciarme con sus manos mientras yo la acariciaba a ella, pero ahora era yo, yo, mi nuca, mi espalda, mis hombros que sus manos me hacían sentir, despertándome entero como de un largo y fatigoso letargo, acariciándome los ojos para que la viera nítida, los oídos para que la oyera jadear, la nariz para que oliera su olor identificable y personal que desde el fondo del SHALIMAR subía hasta mi nariz y penetrándome me revivificaba, acariciándome el cuello con sus dedos

Librodot

frescos, la mano leve pesando sobre mi pecho, bajando, bajando hasta donde yo sabía para devolverme algo que yo no recordaba que me faltara hasta que sentí el clic del broche de presión, y la energía guardada durante tanto tiempo llenándome y haciéndome latir bajo el tacto de Magdalena, júbilo, júbilo, era yo, entero otra vez, enorme y feliz y multiplicado en todos los espejos de la sala de aseo de los Roig, yo en las cuatro paredes y en el techo y en las puertas y en los armarios de espejo, abrazando a una Magdalena sumisa, tierna, entera que estaba harta de la gente de esta reunión con la que en realidad teníamos tan poco en común, sí, nos encontrábamos fuera de lugar en este sitio, eran otros, quizás más profundos, los problemas que a nosotros nos conmovían. Yo murmuré:

-Nunca más...

Lo dije maquinalmente, contrito, porque ahora estaba seguro de que Sylvia le había contado algo de nuestra aventura esa noche en la urbanización, y quería despachar mi pecado así, rápidamente y como bromeando con la promesa de un niño muy pequeño que promete observar de ahora en adelante una conducta que complazca y enorgullezca a su mamá. Magdalena comprendió la broma, como comprendía siempre las cosas que yo decía:

-¿Me prometes?

Y yo volví a balbucear:

-Nunca más...

Agregando después de un último beso:

-Es aburrido... con otras...

Nos arreglamos un poco delante de los espejos y decidimos partir: mejor *filer á l'anglaise,* ya que la reunión, si uno podía juzgarla por el ruido, había llegado a su estado de efervescencia máxima y nadie nos echaría de menos. Yo la conduje:

-Por aquí, por esta puerta...

Al salir vi que mi mujer echaba un último vistazo al maletín negro que había dejado junto a la quencia del estrecho vestíbulo. Ahora que de nuevo podía leer los pensamientos de mi mujer me di cuenta de que hacía una especie de nota mental para no olvidarse llamar por teléfono mañana y quizá juntarse con Raimunda en algún café para que le llevara el maletín, porque no quería perderlo... podía serle útil... Pero no me importó esta momentánea distracción en lo práctico cuando debía estar sumida en lo erótico del clima creado, uno, porque claro, si acababa de comprar ese maletín era porque lo necesitaría en el futuro y era absurdo perderlo; dos, porque tuvo la gentileza de no querer cargarlo ahora, estropeando lo creado entre los dos; y tres, porque esa noche, en la intimidad de la cama, en la larga noche renovada en la larga mañana de los padres cuyos hijos pasan la noche en casa de los abuelos, iba, yo estaba seguro, a hacerla olvidar la maleta negra... por lo menos hasta el otro día, cuando llamara a Raimunda por teléfono para salir a tomar un café uno de estos días y recobrarla porque la necesitaría.